



Muerte en la azotea

burton hare



Jessy llenó las tazas de café y ofreció una a Clive Dalton.

Éste dijo:

—¿Dónde está Tora?

—No lo sé, Clive. Confieso que estoy inquieta por él. Pasa todo el tiempo fuera de casa... Y nunca me dice dónde va.

—Ha transcurrido una semana desde el proceso. Ya debería haber comprendido que él no puede cambiar nada.

Sorbió su café. Los grandes ojos rasgados de la muchacha, no se apartaban de él.

—Clive...

—Dime.

—¿No se puede hacer nada?



Burton Hare

Muerte en la azotea

Bolsilibros - Servicio Secreto - 831

ePub r1.0

Lds 28.11.17

Título original: *Muerte en la azotea*

Burton Hare, 1966

Cubierta: Jorge Nuñez

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





SS

SERVICIO SECRETO





BURTON HARE

MUERTE EN LA AZOTEA

**Colección SERVICIO SECRETO
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES**

**EDITORIAL BRUGUERA, S.
BARCELONA
BOGOTÁ
BUENOS AIRES
CARACAS
MÉXICO
RIO DE JANEIRO**

CLIVE DALTON



JESSY GRAY



Prólogo

El teniente Dalton encendió otro cigarrillo con la colilla del anterior, aplastó ésta en el cenicero y miró al capitán Randall con ojos centelleantes.

—A pesar de todo, es una cochinado —espetó, evidenciando un precario— respeto por su jefe y amigo.

El capitán esbozó una mueca.

—Ni usted ni yo podemos hacer nada para variar el curso de la historia, Clive. Nuestro trabajo en este caso terminó cuando entregamos el *dossier* al D. A., junto con Johnny Telvi.

La expresión amargada del teniente se agudizó, pero se abstuvo de más comentarios.

EL capitán Randall, aprovechó para mirar a su subordinado con ojo crítico. Estaba orgulloso de él; de su integridad, de su valor sereno y frío, y de la agudeza de sus razonamientos.

Y de su amistad, naturalmente.

Veía ante sí a un hombre recio y duro, de facciones demasiado bruscas, como si hubieran sido modeladas por un escultor chapucero que hubiese dejado su obra a medio terminar. Sonrió, y repentinamente recordó algo más, algo tal vez susceptible de variar el negro humor del teniente.

—¿Cuántos años tiene usted, Clive? —preguntó.

—Treinta y dos. Los cumplo hoy precisamente.

—Eso me parecía...

—Si cree que voy a celebrarlo...

—Mire, yo tengo muchos más que usted. No voy a decirle cuántos —rió—. La experiencia me ha enseñado que cuando un zorrino como Telvi es juzgado, por lo general consigue evadir la justicia. Pero jamás a la ley de la selva que impera en su mundo. En cualquier momento, aparecerá en un callejón con la garganta cercenada, y todos sus crímenes sólo le habrán servido para abrirle

las puertas del infierno. ¿Comprende?

Dalton dejó escapar un gruñido.

—¿Y de qué nos sirve eso? —rezongó—. Es un pobre consuelo. Johnny Telvi saldrá absuelto del juicio, y seguirá matando y denigrando a esa estúpida sociedad que le ampara con sus absurdas leyes. ¡Oh, al demonio! A veces pienso...

Se interrumpió. Miró al capitán como si se sintiera avergonzado de su estallido.

—Le comprendo —dijo Randall con voz sorda—. Pero no somos nosotros los destinados a cambiarlas.

—Lo sé. Creo que voy a largarme a dar una vuelta.

—¿Por qué no va usted al tribunal para ver cómo termina el proceso?

—¿Yo?

—Seguro. Luego podrá informarme de los pormenores.

Dalton titubeó. Si había algo que le disgustase en aquellos momentos, era precisamente ver el final del proceso escandaloso en el cual la Justicia había quedado sucia y desmenuzada.

—¿Tiene usted alguna idea entre ceja y ceja, capitán? —Gruñó finalmente.

—En absoluto.

—Usted sabe por adelantado los detalles de toda esa farsa. Los testigos han sido debidamente aleccionados. Otros han recibido amenazas gráficamente expuestas, y han perdido la memoria de repente. Y dos de ellos aparecieron asesinados a balazos. ¿Para qué perder el tiempo en presenciar la victoria de Telvi?

—Quizá se produzca alguna sorpresa. Por otra parte, imagino que los hermanos Gray estarán en la sala, ¿no cree?

Los ojos color de acero del teniente relampaguearon un instante. Luego, el fulgor acerado desapareció y todo su musculoso cuerpo pareció relajarse.

—Ya veo —dijo entre dientes.

—Ella es muy hermosa —añadió Randall con forzada indiferencia.

—Dígalo de una vez —estalló Dalton—. Suéltelo.

—Bueno, usted sabe. Todo lo que yo sé son los rumores que llegan hasta mí. Parece ser que Jessy Gray... este... le ha impresionado a usted más de la cuenta.

—Hube de relacionarme con ella continuamente a raíz del asesinato de su padre. Intimamos y... Bueno, quiero decir que... ¡Maldita sea, al diablo con eso!

Se levantó. Randall empezó a reír suavemente. Los dos hombres se miraron con fijeza, y al fin también el teniente esbozó una sonrisa.

—Usted gana —dijo—. Iré a la sala. Esos dos muchachos me han caído bien. Todo el mundo sabe que fue Telvi o uno de sus asesinos a sueldo, quien mató a su padre. Bueno, creo que será muy duro para ellos contemplar el final de semejante farsa...

—Lo mismo es lo que yo pensaba.

—Con un demonio pensaba usted —gruñó Dalton, mientras se encaminaba a la puerta.

El capitán Randall rió y esperó que la puerta se cerrase tras el teniente. Después encendió un cigarrillo y se enfrascó en el examen del montón de informes que esperaban su atención.

* * *

La sala del tribunal estaba abarrotada de un público expectante y silencioso, tenso ante el final que todos veían acercarse casi desde el principio del proceso.

Dalton entró y el guardia de la puerta le hizo un leve saludo. Avanzó unos pasos y se detuvo, buscando con la mirada a los hermanos Gray, hasta que los descubrió en la tercera fila de asientos, detrás de los atestados bancos de la Prensa. Los reporteros escribían en sus cuadernos sin demasiado entusiasmo, quizá debido a que ya tenían incluso escrita la crónica del final de aquella mascarada.

La cabeza de Jessie Gray semejaba coronada por una nube de oro. Dalton no pudo evitar una extraña sensación de ternura al verla.

Al lado de la muchacha, la cabeza también rubia, aunque de cabello extremadamente corto, casi cortado a cepillo, de Thomas, su hermano, delataba la dura tensión a que estaba sometido. Se le notaba erguido y rígido, como una figura de madera. El teniente imaginó que ni siquiera parpadeaba.

En el estrado; se abrió una puerta y los doce miembros del

jurado aparecieron en fila india, desfilando para ocupar sus respectivos lugares en la tribuna.

Los ojos del policía adquirieron la dureza del diamante al posarse sobre el protagonista de aquel drama, Johnny Telvi, el más cínico y sanguinario de cuantos cabecillas de pistoleros habían aparecido en los últimos años.

Y también el más escurridizo. Tenía una batería de picapleitos a sueldo, asesorándole para que no pudieran pillarle en un mal paso.

Y pistoleros, y matones, y coches a prueba de balas...

Y un tipo de galán cinematográfico y rostro casi infantil, capaz de engañar a cualquiera que no conociera bien la clase de rufián que era. Sabía vestir con sencilla elegancia y adoptar la expresión requerida para cada circunstancia. Era un actor perfecto para desempeñar la clase de papel que había elegido.

Estaba sentado muy erguido al lado de su abogado, sereno y calmoso. Daba la sensación de contemplar lo que le rodeaba con cierto aire de asombro, preguntándose cómo era posible que estuvieran juzgándole a él, un modelo de ciudadano honesto y ejemplar. Dalton sintió un tirón en sus músculos ante el espectáculo.

Entonces abrióse la puerta que daba paso a las dependencias del juez y éste, un anciano de cabellos blancos, fue a instalarse detrás de una mesa, entre el rumor de pies producido por el público al ponerse en pie.

Cuando todo el mundo se hubo sentado otra vez, la expectación se hizo tan perceptible que Clive Dalton, a pesar de su experiencia en semejantes trotes, se sintió incómodo.

El secretario se colocó entre el jurado y la mesa de la defensa. Carraspeó y luego preguntó con voz clara:

—Señores del jurado, ¿han llegado a un acuerdo respecto al veredicto a emitir?

El presidente del jurado se levantó a su ver.

—Sí —dijo.

Su voz no era muy segura.

El secretario, con la suya carente de inflexiones, ordenó:

—El acusado se pondrá de pie y mirará al jurado.

Esperó a que esa indicación fuera cumplida por Telvi antes de formular la pregunta que todos estaban aguardando.

—¿Cuál es el veredicto? ¿Culpable o no culpable?

Todos vieron cómo el presidente del Jurado aspiraba con dificultad, como si le costase un gran esfuerzo tragar aire. Y después oyeron su voz, tan segura como antes.

—¡No culpable!

Se desencadenó un tremendo alboroto en la sala. Los mazazos del juez resultaron incapaces de imponer silencio, y los reporteros se lanzaron de cabeza a la salida sin respetar protocolo alguno. El teniente hubo de apartarse de un salto para no ser arrollado por aquellos vociferantes periodistas.

Vio a Johnny Telvi, en pie, abrazado a su abogado. Vio al juez que se desgañitaba ordenando silencio y a los ujieres intentando imponer un orden imposible.

Y vio la rubia cabeza de Jessy caer sobre el hombro de su hermano, llorando amargamente.

Al fin, y gracias a los guardias, pudo hacerse un relativo silencio, dentro del cual, él juez pronunció las frases de rutina, deseando acabar cuanto antes con semejante espectáculo. Detrás de la mesa de la defensa, algunos espectadores estrechaban la mano a Telvi a través de la barandilla. Dalton reconoció a algunos de los pistoleros de la pandillera.

Y justo en aquel instante de euforia sucedió lo inesperado. Una voz vibrante de odio, ira y despecho se elevó como un clarín de guerra.

—¡Bastardo asesino de ancianos! Has burlado a la justicia. Te has librado de la silla eléctrica, puerco. Pero no escaparás de mí. ¡Te mataré igual que tú mataste a mi padre!

Dalton pegó un salto y avanzó hacia donde Tom Gray vociferaba, presa de un ataque de furor. Logró llegar allí antes que los dos policías uniformados y exclamó.

—¡Cállate, estúpido!

—¡Clive! —sollozó Tessy.

El muchacho, de unos veintidós años, miró al policía como si no lo hubiera visto nunca.

—¡Le mataré! —repitió—. ¡Los mataré a todos...! ¡Asesinos...!

Los guardias pudieron sujetarle por los brazos. Dalton exclamó:

—Sáquenlo de aquí. Yo me encargaré de él después. Esperen en el despacho fiscal.

—De acuerdo, teniente.

Se lo llevaron. Dalton vio la brillante mirada de Johnny Telvi siguiendo al muchacho. Le pareció que el pistolero ya no estaba tan satisfecho como instantes antes...

Entonces tomó a Jessy del brazo y permaneció junto a ella, hasta que el juez ordenó despejar la sala.

Ellos fueron los últimos en salir.

CAPÍTULO PRIMERO

Jessy llenó las tazas de café y ofreció una a Clive Dalton.

Éste dijo:

—¿Dónde está Tora?

—No lo sé, Clive. Confieso que estoy inquieta por él. Pasa todo el tiempo fuera de casa... Y nunca me dice dónde va.

—Ha transcurrido una semana desde el proceso. Ya debería haber comprendido que él no puede cambiar nada.

Sorbió su café. Los grandes ojos rasgados de la muchacha, no se apartaban de él.

—Clive...

—Dime.

—¿No se puede hacer nada?

—Si te refieres a Telvi, todo lo que podemos hacer es esperar. Tarde o temprano cometerá un error y entonces podremos ajustarle las cuentas.

—Ni tú mismo crees que eso suceda...

El policía desvió la mirada.

—Es cuestión de tiempo.

—Y entre tanto, él seguirá robando y matando. Es un pobre consuelo para nosotros, ¿no crees? Tom está desconocido, y yo misma me siento descentrada, como si de repente me hubiesen arrancado de mi mundo hogareño para trasladarme a otro en el que impera la ignominia.

—Lo comprendo... ¿Quieres salir a dar un paseo, Jessy? Es mi día libre y...

—No, Clive.

Éste se removió inquieto.

—Escúchame —dijo—. Todo lo que me digas lo sé por

adelantado. Nuestras leyes tienen demasiados agujeros, y la mayoría de ellas, creadas para garantizar la libertad de los ciudadanos, sólo sirven para que algunos bastardos como Telvi, vivan como príncipes, matando y violando.

Muy bien, eso lo sé y no creas que me satisface. Pero no somos nosotros los encargados de variar ese estado de cosas...

—Lo sé, lo sé... Pero entre tanto, el asesinato de papá ha quedado impune.

Exasperado, Dalton exclamó:

—¿Y qué quieres que haga yo, ir en busca de Telvi y llenarle la cabeza de plomo?

La muchacha dejó que sus ojos resbalaran sobre las facciones del policía. Con vez ausente murmuró:

—No, ya imagino que tú no serás capaz de hacer eso...

—¡Jessy!

—Pero alguien debería hacerlo.

Dalton se quedó sin habla.

Repentinamente, ella se relajó. Era una muchacha de rara y serena belleza. Su rustra apenas maquillado, tenía todos los atributos necesarios para inspirar un tierna afecto en cualquier hombre, y sus labios eran tan atractivos como un imán. Y su cuerpo podía ser un compendio de lo que un hombre espera encontrar en la mujer que ha soñado noches y más noches. Inspiraba una atracción irresistible, con sus largas piernas de fino trazo, y sus rotundas caderas bajo una delgada cintura, y los pequeños y prietos senos que tensaban la fina tela del vestido negro.

Dalton aspiró aire y contuvo lo que pugnaba por escapar de sus labios.

—No sabes lo que estás diciendo —murmuró con voz ronca.

—Sí lo sé, Clive.

—¿No puedes olvidar ni por un instante que ese canalla salió libre? Tienes que vivir, Jessy. No puedes encerrarte en una torre de odio y rencor. Existen otras cosas en el mundo más importantes que la venganza.

—Yo no sé de ninguna.

—¿No significa nada para ti el amor?

Ella contuvo la respiración.

—Clive...

—Ya sé que no es éste el momento más indicado para hablar de eso, pero sólo te lo he mencionado para arrancarte de esa pesadilla en que te empeñas en vivir.

—Lo siento, de veras lo siento, Clive... Pero los recuerdos no me abandonan ni un instante...

El se levantó, violento e inquieto.

—Está bien, olvídale. Quizá más adelante sea el momento de hablarte de eso.

—Te he estropeado el día, ¿verdad?

—No importa.

Se miraron largamente. Ella intentó sonreír y fracasó en el empeño.

—Sé —lo que ibas a decirme— susurró.

—Lo dudo.

—Dímelo de todas —formas, Clive.

—¿Para qué? Estás rodeada de una muralla de hielo. No creo que pueda vencerla.

—¿Por qué no lo intentas?

Dudó Los profundos ojos de la muchacha estaban fijos en los suyos.

No se atrevió a crear lo que veían en ellos.

—Jessy, yo... —¿Bueno, Clive...?

—¡Condenación! Te quiero, eso es. ¿No querías que te lo dijera? Pues ya está. Te quiero como un idiota. Me dejé cazar desde el principio y...

Se interrumpió, esperando que ella empezara a reírse. Pero Jessy no se rió.

—Clive... ¿es esa tu manera de declararle tu amor a una chica?

Pero la voz tampoco era burlona, sino débil y suave. Como él no contestara, añadió:

—Nunca he visto que un galán de cine se decíase de esa manera...

—Yo no soy ningún galán de cine. Vamos, ¿no empiezas a reírte?

—¿De qué? Yo también te quiero, ¿sabes?

—¡Jessy!

—Tonto... Vaya policía estás hecho... No haberlo descubierto hasta ahora...

No supo cómo sucedió. Todo lo que descubrió instantes más tarde, fue que la muchacha estaba entre sus poderosos brazos, y que sus labios subían al encuentro de los suyos, o al revés, y que después el largo y llameante beso estalló y todo dejó de tener importancia y se sintió elevar hasta alturas jamás sospechadas.

Pensó que ella también le amaba. El mundo era suyo, enteramente suyo, porque Jessy le pertenecía.

El tiempo se detuvo en aquel eterno beso. Dalton deseó que jamás volviera a ponerse en marcha.

CAPÍTULO II

Frankie Lagone, tenía veinticinco años y siete asesinatos en su cuenta. Era uno de los pistoleros preferidos por Johnny Telvi, cuando se trataba de llevar a cabo «encargos», en los que se requería una gran dosis de discreción.

A sus dieciocho años había matado al primer hombre de la larga lista que después siguió. Luego, entre crimen y crimen realizó toda la escala de delitos, desde asalto a violación, desde apaleamientos hasta tráfico de estupefacientes.

Su historial brillante, le había convertido en poco tiempo en uno de los más cotizados pistoleros de la organización de Telvi.

Naturalmente, como todo buen matarife que se precie, Frankie Lagone tenía también una rubia oxigenada para darle categoría de irresistible Don Juan. Ella se llamaba Katty Bird y tenía curvas suficientes para que la gente volviera la cabeza al cruzarse con ella por la calle. A Katty le encantaba esa expectación.

También le encantaba a Frankie, naturalmente, y se complacía en lucirla a la menor ocasión que se le presentara. Gozaba con las voraces miradas de los hombres, envidiándole su propiedad.

Aquella tarde, mientras aguardaba que la mujer terminase su tocado, pensó en la suerte que tenía. Ahí es nada; dinero en grande, una mujer como Katty y un «trabajo seguro» en la nómina de Telvi. Y un «Ford» descapotable último modelo que esperaba abajo, frente a la puerta.

Fugazmente, recordó su infancia miserable en las sucias calles de Bowery. Bien había sabido burlar a aquella sociedad desalmada que se complaciera en otro tiempo en ignorarlo, apartándolo de ella como a un apestado...

—Pero, Katty, ¿qué haces ahí dentro? Vamos a llegar a esa

función cuando esté terminando...

—Ya voy, querido. Un minuto.

—Llevas diciéndome un minuto desde hace media hora. ¡Apresúrate!

Ella se apresuró. Se dejó admirar unos instantes por los voraces ojos de Frankie y sonrió satisfecha.

—¿No valía la pena aguardar, querido?

El asintió. La tomó del brazo y ambos descendieron hacia la calle.

El sol se había ocultado ya. La pálida luz del atardecer ponía un tono melancólico a las calles. La gente se apresuraba en las aceras, y los coches, apretujándose, formaban una gigantesca serpiente desliziándose pesadamente.

Frankie se detuvo para encender un cigarrillo. Por el rabillo del ojo captó las miradas que Katty atraía, insolentes, devoradoras.

Sonrió. Así era como le gustaba.

Sostuvo la portezuela del coche abierta para que ella se acomodara en el amplio asiento, tal como había visto hacer a la gente elegante. Luego dio la vuelta al largo morro del auto y se instaló ante el volante, gozando con la admirativa contemplación de la gente que se apelotonaba en la acera.

Era una hora dulce y lánguida, impropia para morir. Frankie pensaba en muchas cosas a un tiempo. En Katty y en su manera loca de hacer el amor. En que iban a divertirse en el teatro, y luego la llevaría a bailar al «club» de Telvi. En que los demás le envidiarían por ser el propietario de Katty. En que tenía más de once mil dólares en su cuenta...

Pensaba en muchas cosas menos en la muerte, y justamente entonces la muerte le alcanzó.

La bala vino zumbando a través del aire quieto, certera, dando centelleantes vueltas en espiral, desde arriba, como si descendiera del cielo cual un justo castigo a los atroces crímenes de Frankie, y acabó entrando en la frente de éste, entre los ojos.

Frankie no se enteró de que moría. Sintió un tremendo impacto. Una fuerza inmensa que le arrojaba hacia atrás, y luego todo terminó.

La bala atravesó su cabeza, desmenuzando el hueso, destrozando la blanda masa encefálica y abriendo un agujero en la nuca del

tamaño de una pelota de tenis. Para Frankie, tras el impacto ya no hubo nada.

El empuje del enorme proyectil lanzó al pistolero contra el respaldo de su brillante descapotable. Luego, el corpachón resbaló y acabó reclinándose dulcemente sobre el hombro desnudo de su compañera.

Aturdida, sin comprender qué estaba sucediendo, Katty empezó, a chillar incluso antes de advertir el surtidor de sangre que brincaba del tremendo agujero de aquella cabeza muerta, salpicándole el vestido, la piel del hombro, y escurriéndose después por su escote hasta deslizarse atrevidamente por el abismo de sus senos.

Cuando reaccionó, pegó un brinco que arrojó el cadáver contra el volante. Luego, abrió la portezuela y saltó a la acera, entre la aglomeración de gente que estaba arremolinándose junto al auto.

Manos anónimas intentaron sujetarla, calmarla. Luchó contra todos, aullando histéricamente. Sentía en su piel el viscoso contacto, de la sangre y de aquella cosa gris que la ensuciaba. Sintió náuseas, las piernas le fallaron y sus ojos giraron en las órbitas.

Cuando el policía uniformado llegó al grupo, abriéndose paso a empujones, tuvo tiempo de ver a una mujer espectacular, sucia de sangre, desplomarse en la acera entre un remolino de piernas y pies inquietos y movedizos.

* * *

Clive Dalton contempló cómo los enfermeros se llevaban el cadáver de Frankie Lagone a la ambulancia. El asiento del Ford era un mar de sangre y masa encefálica, mezcladas de manera nauseabunda.

El sargento Tygan carraspeó:

—Johnny Telvi va a llevarse un buen disgusto, ¿eh, teniente?

—Sin duda. Deben haber disparado desde alguna de las azoteas del otro lado de la calle.

—¿Un rifle?

—Seguro. Y apuesto que provisto de mira telescópica. Ha sido un impacto demasiado perfecto a esa distancia. Vamos a ver a esa fulana.

Katty había sido introducida a una tienda próxima, y allí se

debatía con su ataque de histeria, mientras alguien, con una toalla, intentaba librarla de parte de aquella sustancia nauseabunda que profanaba la blancura tersa de su escote.

Cuando Clive Dalton y el sargento Tygan se detuvieron ante ella apenas si los vio. El teniente rezongó:

—No vamos a sacar nada de ella mientras se encuentre en ese estado. Trate de conseguir que el médico se deprisa, sargento...

Fueron precisos quince minutos de esfuerzos y una inyección calmante para que Katty estuviera en condiciones de hablar con cierta normalidad.

Dalton dominó su impaciencia y empezó con voz tensa:

—¿Cómo se siente ahora, muchacha?

—Mal. ¿Cómo se sentiría usted después de lo que he pasado?

—No me pregunte. ¿Cómo sucedió?

Ella tragó saliva con dificultad.

—Apenas me he dado cuenta de nada. Frankie estaba a mi lado, disponiéndose a poner el coche en marcha, y de pronto algo le ha arrojado contra el respaldo del asiento. Después... ¡Dios, ha sido espantoso! Me ha caído encima. ¿Comprende lo que le digo, polizante?

¡Me ha caído encima sangrando como un... como un...!

—Cerdo —espetó el sargento Tygan de mal talante.

Katty le miró con ira.

—¿No puede usted respetar a los muertos, pies piamos?

Tygan se encogió de hombros.

—No más de lo que su amado Frankie respetó a los vivos. Claro que eso, para una dama delicada como usted no importa...

—Déjelo, sargento —rezongó Dalton—. Veamos... Cuando Frankie ha caído hacia atrás, ¿ha escuchado usted una detonación o algo parecido, Katty?

—No.

—¿Está segura?

—¡Pues claro que estoy segura! Ni siquiera me he dado cuenta del disparo, hasta que la sangre me ha saltado encima. Y esa cosa gris...

Se estremeció, dominando a duras penas las náuseas.

—Cálmese —gruñó el teniente entre dientes—. ¿Estaba nervioso Frankie cuando han salido a la calle?

—¿Nervioso él? Frankie no tenía nervios —espetó Katty con orgullo.

Tygan apretó las mandíbulas. Una mirada del teniente contuvo lo que iba a decir.

Dalton suspiró.

—¿Hay algo que usted pueda decimos que nos ayude a encontrar al criminal, Katty?

Ella le miró con un creciente desafío en sus ojos descarados.

—No, nada —dijo—. Y no creo que pongan ustedes mucho interés en descubrirlo, ¿verdad? La muerte de Frankie debe haberles llenado de satisfacción.

Dalton respingó. Encasquetándose el sombrero manifestó con voz seca:

—Personalmente, le diré que nada podía haberme hecho más feliz, muchacha. Pero como policía me veo en la obligación de perseguir al tipo que ha hecho precisamente lo que yo mismo hubiera gozado haciendo. Y ahora, lárguese. Quizá una ducha consiga librarla de las náuseas.

Giró sobre sus talones y volvió a la calle, seguido por el sargento Tygan, que apenas podía ocultar una sonrisa de felicidad provocada por la última andanada de su jefe.

Fuera, los guardias luchaban para despejar los alrededores de la bandada de curiosos que a toda costa querían enterarse de lo sucedido. Disgustado, Dalton encendió un cigarrillo y esperó.

Minutos más tarde, uno de los agentes que había enviado a inspeccionar las azoteas del otro lado de la calle, se le unió llevando algo en la mano.

—Hemos encontrado esto, señor —dijo, mostrando el casquillo de un proyectil—. Estaba arriba, en el número doscientos seis.

—¿Huellas?

—Borrosas. Pies calzados con zapatos. Pero no vamos a sacar nada en limpio de ellas.

Dalton examinó el casquillo con el ceño fruncido.

—Parece de un «Winchester 70» —rezongó.

—Puede pertenecer a otros muchos rifles —opinó el sargento, rascándose la nuca—. A un «Remington», o un «Marlin» de caza mayor...

—Al diablo. Veremos qué opinan los de Balística. ¿Has sacado la

bala de la tapicería del auto?

—Ya está en camino de la Central, señor.

—Está bien, no podemos hacer nada más aquí. Tómenle los datos a la chica para tomarle declaración en regla. Mándeme a mi oficina cualquier cosa que surja.

Entró en el coche policíaco, esperó al sargento y al instante emprendió la marcha.

Estaba disgustado. Disgustado, desconcertado, y con un naciente sentimiento de inquietud en el fondo de su corazón.

Aunque, eso, no se atrevía a confesárselo ni a sí mismo.

CAPÍTULO III

Peter Miranti era un individuo enorme, gigantesco, con una cabeza pequeña cubierta de cabellos siempre: alborotados. Su estrecha frente apenas podía contener las pobladas cejas, bajo las cuales brillaban malignamente unos ojillos húmedos y brillantes. Alguien, en una ocasión, había comentado públicamente que Peter Miranti, era justamente el eslabón perdido en la evolución de la cadena que unía al hombre con el mono, en las profundidades de los tiempos remotos.

Naturalmente, cuando Peter escuchó semejante comentario no estuvo de acuerdo con él de ningún modo, y lo demostró a su manera. La cosa acabó cuando el gracioso fue trasladado al hospital con la totalidad de sus costillas aplastadas, aparte de algún otro desperfecto de menor cuantía.

El caso es que a partir de entonces, nadie se había atrevido de nuevo a provocar las iras del primitivo Peter Miranti.

El único que se tomaba algunas libertades con él, era su jefe, Johnny Telvi. Pero incluso éste adoptaba precauciones antes de hacerlo, porque no estaba muy seguro de cómo reaccionaría la primitiva y rudimentaria mente del pistolero.

No obstante, estaba tan satisfecho con él que era incluso capaz de soportar las absurdas impertinencias que Peter soltaba de vez en cuando. Johnny sabía que aquella montaña de músculos era incapaz de elaborar un pensamiento propio, y se valía de ello para encargarle los trabajos más sucios, los que requerían una mayor dosis de salvajismo y aquellos que incluso los otros asesinos de que disponía habrían realizado a regañadientes.

Si alguien se hubiese tomado el trabajo de recopilar las hazañas de Peter Miranti, suponiendo que hubiera vivido lo suficiente para

terminar su tarea, se hubiese encontrado entre manos con la más escalofrantes relación de asesinatos, apaleamientos, violaciones, estupros, mutilaciones y todo cuanto de abyecto puede imaginar la mente humana.

Ese ejemplar fue el que primero oyó la noticia de que Frankie Lagone había pasado a mejor vida. Corrió a ver a su jefe, y en su rudimentario lenguaje le informó de lo que había sucedido.

En el primer momento, Johnny Telvi no dio crédito a la noticia. Luego sí. Poco más tarde le llegaron informes que no admitían duda.

Preocupado, Johnny trató de adivinar quién podía haber tenido el valor suficiente para despachar a su brazo derecho. Sabía que el resto de pandillas de la ciudad, le profesaban un odio mortal a causa de sus florecientes negocios, pero al mismo tiempo, sentían un santo temor a inmiscuirse en sus asuntos.

No; era imposible que cualquiera de los otros jefecillos del hampa se hubiera atrevido a matar a Frankie, desafiándole a él con semejante hecho.

Entonces, ¿quién...?

—¡Ese crío! —estalló repentinamente, mirando al gigantesco gorila como si no lo viera.

—¿Un crío? —barbotó el matón.

—¿Cómo se llama? Tom... Eso es; Tom Cray. El hijo del vejstorio que despachamos.

Peter Miranti parpadeó. Su pequeño cerebro era incapaz de seguir un razonamiento normal. Para él, el anciano Cray había dejado de existir incluso como recuerdo. Necesitó un fatigoso proceso de elaboración para volver a evocarlos.

—Apuesto que ha sido el maldito chico —repitió Telvi, furioso—. En la sala del tribunal juró que nos mataría a todos...

—No lo —creo.

Johnny sacudió la cabeza, sin hacer caso al gorila.

—Llama a Salter. Hay que arreglar eso.

Peter descendió del lujoso apartamento de su jefe hasta el «club» establecido en la planta baja del edificio. La atmósfera de humo y la aglomeración de hombres y mujeres le disgustaba. Instintivamente, buscaba siempre la soledad.

Echó un vistazo en busca de Salter. No pudo localizarlo.

Preguntó a un camarero y tampoco éste pudo darle razón del pistolero.

Contrariado, atravesó el salón atrayendo sobre su enorme humanidad, las miradas asombradas del público. Recorrió otra vez el pasillo que conducía hasta el elevador privado de Johnny y subió de nuevo al piso.

—No está abajo, jefe —barbotó.

—Bueno, ¿y qué? Búscalo. Sabes dónde vive. Tráemelo inmediatamente. El apartamento de Salter no está tan lejos que no puedas llegar allí andando, ¿verdad?

—Seguro que puedo llegar. No me canso nunca, jefe.

Johnny soltó un bufido, pero se contuvo. Peter era muy susceptible algunas veces.

De manera que Miranti volvió a salir, esta vez utilizando la escalera principal del edificio. En la escalera, se detuvo bajo la catarata de luz que se desparramaba del gran anuncio luminoso del club. Con sus pasos de mastodonte se acercó al uniformado portero del *cabaret*.

—¿Has visto a Salter, Tony? —indagó.

—Esta noche no. Estará en alguna parte con su nueva conquista.

—¿Qué conquista?

—Doris.

—No la conozco.

—Cuando la veas te quitará la respiración, Peter. ¡Qué mujer, muchacho!

—Bueno, tengo que encontrar a Salter —machacó Miranti, rumiando insistentemente la misma idea.

El portero se encogió de hombros. Peter dio un paso, alejándose de él.

No llegó a dar el siguiente. La bala, descendiendo de las alturas, le pegó en el puente de la nariz, se abrió paso destrozándole el paladar, y salió por la base del cuello, casi arrancándole por completo la nuca.

Peter dio un salto atrás, empujado por el tremendo proyectil, y luego se desplomó a los pies del atónito portero. Un reguero de sangre comenzó a deslizarse por la acera con reflejos de rubí líquido.

El portero quedó igual que petrificado. No acertó a moverse,

como hipnotizado por el reguero de sangre que iba extendiéndose en dirección a sus pies.

No fue hasta que el rojo líquido lamió un zapato que reaccionó. Entonces pegó un brinco y golpeó de espaldas contra la pared. Inmediatamente empezó a gritar, entrando al local como perseguido por el diablo.

Se organizó el desbarajuste de costumbre en estos casos. La policía intervino, el portero fue interrogado y el gigantesco corpachón retirado de la acera. También la bala fue recuperada, aplastada, del quicio de la puerta donde se había hundido.

Podría pertenecer a un «Winchester 70», lo mismo que el casquillo hallado poco después en una azotea del otro lado de la calle.

Arriba, en el apartamento, Johnny Telvi se mordía los puños de furor. Esperaba que los polizontes hicieran su aparición para interrogarle, e imaginaba la catarata de insultos que les soltaría por su ineficacia en capturar al asesino de Frankie. Ya habían tenido tiempo de sobra para cazarlo. Casi reaccionaba como un ciudadano honesto cualquiera. Casi solamente.

Pero la policía le ignoró por el momento. Eso acabó de desconcertarle. Se cansó de medir el apartamento a grandes, zancadas, de un lado a otro, furioso y asustado. Había que hacer algo, y hacerlo pronto.

Entonces sonó el teléfono. Lo descolgó de un manotazo.

—Hable —gruñó.

—¿Telvi?

—Sí. ¿Quién es?

—Puedes suponerlo, si es que tienes un poco de sentido común.

Pronto te tocará a ti, Telvi.

—¡Qué!

—Frankie, y ahora Peter. Bueno. Tal vez el próximo seas tú. O quizá prefiera despachar primero a otro de tu pandilla... ¿Qué tal sabe la proximidad de la muerte, Johnny?

Un seco chasquido cortó la comunicación. Telvi empezó a temblar. El auricular escapó de sus dedos y rebotó sobre la mesa con estrépito.

Sintió un sudor frío deslizarse por su espina dorsal. De manera que era cierto. El maldito bastardo pensaba liquidarlos a todos...

Tuvo que sentarse en una butaca y luchó por serenarse. Si perdía la calma estaba listo, pensó. No era posible que un mequetrefe indecente como aquél pudiera hacerle temblar. Eso era una reacción absurda.

Había que acabar con la amenaza... y pronto.

CAPÍTULO IV

Jessy abrió la puerta y no pudo ocultar una sonrisa de felicidad al reconocer a Clive Dalton.

—Entra —murmuró—. No sabía que hoy tuvieses el día libre.

—Y no lo tengo —rezongó el teniente. Besó a la muchacha y pasó al interior del apartamento.

Ella cerró y siguió tras el hombre, un tanto intrigada.

—¿Sucedo algo malo, Clive? —indagó—. Pareces preocupado.

—Es posible. ¿Dónde está tu hermano?

Ella desvió la mirada.

—No lo sé.

—¿Cómo es posible? Apenas son las ocho y media de la mañana. ¿Ha salido tan pronto?

Jessy sacudió la cabeza de un lado a otro.

—¿No?

—Clive...

—Bueno, dime.

Tras un suspiro, la muchacha murmuró:

—No ha venido en toda la noche.

El policía frunció las cejas preocupado.

—¿Había pasado la noche fuera otras veces?

—Nunca antes de que... Antes de la muerte de papá.

—¿Y desde entonces?

—Sólo desde el proceso. Un par de veces.

Clive, inquieto, midió la estancia de un lado a otro con la cabeza inclinada y las manos hundidas en los bolsillos. Jessy, cada vez más preocupada, acabó cerrándole el paso.

—Basta, Clive, por el amor de Dios. ¿Qué es lo que sucede?

Él se detuvo.

—No lo sé —confesó—. Pero es necesario que hable con Tom inmediatamente.

—Pero ¿por qué?

—Escucha, querida, no debes alarmarte, ¿comprendes? Sólo se trata de que yo hablé con él para que no se meta en un lío...

—Clive —le reprochó.

—¿Sí?

—Sea lo que sea que te preocupa, estás intentando tender una cortina de humo delante de mí, para que no lo vea. ¿Tan difícil es confiar en la mujer que quieres?

Apurado, Dalton rodeó la cintura de la muchacha con sus brazos y la apretó contra sí.

—¿Recuerdas lo que Tom gritó en el tribunal?

—No he podido olvidarlo todavía.

—Muy bien. Dos de los hombres de Johnny Telvi han sido asesinados.

Ella tardó unos segundos en reaccionar. Palideció hasta la raíz de los cabellos y sus ojos centellearon. Con un movimiento brusco se apartó del teniente como si éste la hubiera insultado.

—¡Clive! —estalló—. ¿Es posible que...?

—Cálmate, todo lo que quiero es hablar con Tom.

—¡Vas a acusarle de esas muertes! Eso es lo que te propones hacer.

Estás mintiéndome... Tú...

—¡Basta, Jessy!

—¡No me callaré! ¿Crees que voy a permitir que acuses a Tom?

—No voy a acusarlo de nada. Sólo quiero que me diga dónde estuvo en los momentos en que eran perpetrados los asesinatos. Estoy seguro que no ha sido él y...

—¡Mientes!

—¡Jessy!

—¡Te digo que mientes! Tú crees que Tom ha matado a esos hombres, sólo por lo que dijo en el tribunal. ¡Sí, lo crees! Debí suponer que un policía como tú...

—No digas nada que después puedas lamentar, querida. Nadie piensa acusar a Tom, sin más pruebas que esas frases idiotas que pronunció. Pero tarde o temprano, alguien las relacionará con los crímenes y entonces él estará en apuros. ¿No quieres comprenderlo?

Sólo trato de ayudar a tu hermano.

—Ayudarlo...

—¡Naturalmente! Te amo, ¿lo has olvidado ya? Por nada del mundo quisiera verte sufrir, y menos que fuera yo quien te diera motivos para el sufrimiento. Pero Tom va a verse en apuros, a menos que escuche mis consejos. Todos los periódicos reprodujeron sus amenazas de aquella maldita sesión. No tardarán en echar mano de eso para dar más sensacionalismo a sus reportajes. ¿Y qué crees que sucederá entonces?

—No puedo creerlo. Tom dijo aquello en un momento de obcecación. —Eso lo sabes tú, y yo, y posiblemente Tom, pero no los periodistas. Ni Johnny Telvi.

Reinó un corto silencio, mientras la muchacha trataba de captar el sentido de esa frase. Luego susurró:

—¿Por qué Telvi?

—A estas horas, ese bastardo sabe que alguien está liquidando a sus hombres. De eso, a suponer que el autor de los atentados es tu hermano, no mediará más que un paso, lo cual le hará creer que la próxima víctima puede ser él. ¿Qué crees que hará si piensa que está acorralado?

—¿Quieres decir...? —Intentará matar a Tom, naturalmente. Es su manera de reaccionar ante un caso así. Querrá librarse de la amenaza.

—¡Dios santo! Tienes que hacer algo, Clive...

—Estoy intentando hacer lo que está a mi alcance. Necesito ver a Tom cuanto antes.

—Pero no es posible que no exista manera de evitar que Telvi...

—¿Cómo quieres evitar que obre por su cuenta? No necesita atacar a Tom personalmente. Tiene asesinos a sueldo. Puede darles órdenes concretas, ¿te das cuenta? Nosotros no podemos mantener una vigilancia absoluta sobre sus hombres. Además, eso tampoco serviría de mucho. Puede traerse un par de pistoleros de otra ciudad, desconocidos por nosotros.

—Entonces...

—Todo depende de Tom.

Ella se apartó del hombre. Junto a la ventana, apoyada en la pared, se inmovilizó, mirando hacia afuera, al cielo bañado de sol de aquel bello día de primavera.

—¿Qué puedo hacer yo, Olive? —susurró—. No sé dónde está.

—¿Sabes por lo menos si tiene alguna amiga? Alguna chica con la que mantenga relaciones íntimas...

—No sé nada de eso. Tom es más bien huraño, ya lo conoces. No hace confidencias de esa clase.

—Está bien. Cuando vuelva dile que se ponga en contacto conmigo sin perder un minuto, ¿entiendes? Que me llame a mi despacho, y si no me encuentra allí que deje el recado. Yo vendré aquí tan pronto me avisen.

—Está bien... Pero ¿y si no quiere hablar contigo? Ha cambiado mucho estos últimos días.

—Tendrá que hablar conmigo, le guste o no.

—¿Por qué? —indagó una voz ruda.

Los dos se volvieron. Tom Gray había entrado silenciosamente y sus ojos, bordeados de profundas ojeras, miraban al policía con clara hostilidad.

—Tom... —murmuró Jessy.

—Bueno, muchacho; llevo horas pensando en ti.

La vez del teniente luchaba por parecer cordial. No lo lograba del todo.

—¿Tanto te preocupo, teniente? —Gruñó el muchacho, cerrando la puerta y yendo a desplomarse en una silla con gesto cansado.

—La verdad es que sí. Imagino que has visto los titulares de los periódicos esta mañana.

—Seguro. Frankie Lagone y Peter Miranti, dos asesinos, dos hijos de perra a sueldo de Telvi, han mordido el polvo. Incluso es posible que el Estado declare día de luto el de ayer...

—Déjate de sarcasmos, Tom. Es una condenada situación que no podemos tomar a broma.

—¿Por qué? Espero que Telvi y los demás mastines que tiene caigan con la cabeza hecha polvo como esos dos.

Dalton engulló saliva con dificultad. Encontró energías suficientes para contenerse y sólo dijo:

—¿Los mataste tú, Tom?

El muchacho se echó a reír nerviosamente.

—Eres un tipo cómico, Clive —dijo—. Me pregunto qué ha podido ver en ti mi hermana para perder el seso. Realmente, ¿esperas que te confiese dos crímenes, así, por las buenas?

—Sólo si los has cometido.

—Pues no. Nada tengo que ver con esa fiesta.

—Tom, estás acabando con mi paciencia. Éste es un asunto más serio de lo que tú imaginas. Telvi tiene conexiones, gente influyente que le protege, politicastos que son capaces de cualquier cosa para evitarle tropiezos. ¿Crees que se quedará quieto si teme que le vuelen los sesos?

Tom irguió la cabeza, desafiante.

—Y que eso lo reconozca un oficial de nuestra policía... ¡Es para echarse a llorar! ¿Ya has organizado un servicio de protección para un brillante ciudadano llamado Telvi?

—¡Vete al infierno, estúpido! ¿Crees que esto es un juego? Estoy dispuesto a escucharte si me dices dónde has estado estas últimas horas, y las de ayer tarde. Personalmente, no creo que seas tú quien ha liquidado a esos dos escorpiones, pero los demás es posible que no opinen como yo.

—Pueden irse al diablo todos ellos. ¿Crees que Telvi estará temblando a estas horas?

—Tom...

La vibrante amenaza de la voz, hizo que el muchacho levantase la cabeza. Se estremeció al ver la expresión del policía.

—Está bien, Clive, lo lamento. No los maté yo, si es eso lo que quieres saber.

—¿Dónde estuviste todo ese tiempo?

—Por ahí, de bar en bar. Me emborraché, ¿comprendes? Esta mañana he amanecido en un hotel de mala muerte, y según el conserje llegué en compañía de una chica, que luego desapareció.

—¿Puedes demostrarlo?

—¿Realmente, necesito una coartada, Clive?

—No necesariamente... por el momento.

—Bueno, pues no la tengo. No recuerdo a qué hora llegué al hotel, pero estoy seguro que era noche cerrada. Y Frankie fue despachado al atardecer, mientras yo rodaba por los bares tratando de acabar con sus existencias de *whisky*.

—Ya veo...

—¿Estás muy interesado en cazar al que lo hizo, Clive?

—Es mi deber como policía.

—Bien, tal vez sea tu deber, pero no esperes que yo te ayude.

Ese tipo, sea quien sea, está haciendo algo que yo mismo ansié realizar. Tiene mi bendición para seguir adelante, así que no cuentas conmigo, querido futuro cuñado.

Jessy engarfió los dedos sobre el brazo de Dalton. Éste ni siquiera advirtió la violencia de aquella presión.

—Eso no es todo, maldito estúpido —dijo suavemente.

Tom levantó la cara.

—¿No?

—Telvi tratará de curarse en salud.

—¿De qué manera?

—Matándote, si piensa que eres tú quien intenta liquidarlo a él. A fin de cuentas, juraste a gritos que los matarías a todos...

—Bueno, estaré prevenido. Yo no soy un anciano indefenso como era papá.

Dalton tragó aire. Pensó en contar hasta cien, pero lo dejó correr. La presencia de la muchacha a su lado, fue lo que le contuvo.

—Eres mucho más idiota de lo que suponía. O quizá sólo eres un chiquillo inconsciente a pesar de tus veintidós años. ¿De veras piensas que puedes eludir a Telvi y sus pistoleros, tú solo, si te buscan?

—Por lo menos, les daré trabajo...

—Dime una cosa, Tom. ¿Dónde aprendiste a disparar?

—¿Te refieres adonde aprendí a disparar un rifle?

—Ajá.

—En las montañas. Papá me enseñó concienzudamente. Era mi gran aficionado a la caza, ya lo sabes.

Dalton hizo una mueca de disgusto.

—Tengo que marcharme —masculló—. Pero antes, voy a decirle algo, pobre tonto. No sé si eres tú, o quién liquidó a los dos matones. Cosa personal, prefiero que no seas tú, pero si por el contrario, eres culpable, te cazaré tarde o temprano aun a costa de destruir mi propia vida.

Recuérdalo.

Tom quedó mudo esta vez. Fue Jessy quien gimió:

—¡Clive, por favor, espera!

Se miraron a los ojos largamente. Tom abatió la cabeza cubriéndose la cara con las manos.

—Lo siento, amor —dijo Dalton en voz baja—. Tu hermano me saca de quicio.

—No hablabas en serio, ¿verdad?

—Me temo que sí. No puedo dejar de cumplir con mi deber...

—¡Clive!

—No temas, no creo que eso sea obra de Tom. Es demasiado loco para haberlo hecho tan rematadamente bien.

—¿Crees que esas palabras son un consuelo para mí?

—Ya sé que no, pero es cuanto puedo decirte. Espero que eso no cambie tus sentimientos hacia mí, querida...

Inclinándose, la besó suavemente. Luego abandonó el apartamiento con gesto adusto y preocupado.

Al quedar solos, los dos hermanos se miraron en silencio. Tom dijo, al cabo de unos instantes:

—¿Y bien, no me haces ninguna pregunta tú también?

—No.

—¿Al lado de quién estás tú, hermanita?

Ella le volvió la espalda y se dirigió a la cocina. Antes de entrar en ella todavía escuchó la voz burlona de su hermano que cementaba:

—Al fin de cuentas, no me preocupa mucho. Clive es un buen chico, aunque un poco tonto. Será un buen cuñado.

Se echó a reír. Pero su risa resultó tan falsa como una moneda de dólar y medio.

Jessy, ocultó las lágrimas y cerró la puerta.

CAPÍTULO V

Eran más de las cuatro de la tarde, cuando Buddy Salter llegó al apartamento que poseía no lejos de Telvi. Tan pronto cerró la puerta detrás de sí, un torbellino de brazos desnudos, sedas revoloteantes y cabellos sueltos le envolvió tan completamente como los tentáculos de un pulpo.

—¡Querido! —Baló Doris, tratando de besarle apasionadamente.

—¡Suéltame! No es momento para eso.

—Siempre es momento para amarnos, Buddy...

—¡Al diablo! ¿Quieres soltarme de una vez? Prepárame un trago, eso es lo que necesito.

La mujer se apartó de él con evidente disgusto, pero obedeció sin más expansiones amorosas. Conocía lo suficiente a Salter para saber a lo que se arriesgaba.

Con el ceño fruncido, el pistolero fue a sentarse a una butaca confortable, cerca del ventanal. Suspiró.

—Empiezo a cansarme —masculló en voz alta.

—¿Qué decías?

—Nada.

La verdad era que no comprendía a Telvi. Lo había encontrado asustado, casi temblando de miedo. No recordaba haberlo visto jamás tan temblequeante. Se estaba ablandando, seguro.

Bueno, habían despachado a Frankie y a Peter; muy bien, los dos muertos. Pero eso no quería decir que les fuera a suceder lo mismo a todos ellos.

Pero Telvi parecía creerlo así.

¿Liquidar al chico? Bueno, si no había otra solución lo liquidarían. A fin de cuentas, era apenas un crío que no ofrecería dificultades. Pero Salter temía el escándalo que armaría la Prensa.

Primero el padre, y ahora el hijo, y todo eso después del maldito proceso.

Sacudió la cabeza. No, la cosa no le gustaba ni poco ni mucho.

—¿Lo quieres con hielo, amorcito?

—¿Qué?

—Ni siquiera me escuchas cuando te hablo —le reprochó la sugestiva Doris—. Te he preguntado si lo quieres con hielo.

—Sí.

Buddy se despojó de la americana, que arrojó sobre una silla. De la gran funda sobaquera asomaba la negra culata de una automática calibre 45, con la cual era capaz de hacer maravillas.

Realmente, Salter era un excelente pistolero en opinión de los entendidos, Telvi a la cabeza. Frío, calculador, jamás perdía su sangre fría. Cada «encargo» que le pasaban era estudiado por él hasta los más insignificantes detalles, calculando los riesgos, las posibilidades y los posibles medios y rutas de escape. Nunca obraba con precipitación, de tal manera que sus «golpes» eran verdaderas obras maestras del crimen.

Quizá debido a eso sólo había sido detenido una vez, y ni siquiera llegaron a procesarlo. La misma policía reconoció que no tenían una sola evidencia con que acusarle y tuvieron que soltarlo como un hierro al rojo.

Esbozó una sonrisa al recordar eso. Luego reflexionó sobre los nervios de Telvi. El muy estúpido, asustarse por un chico solitario tan fácil de cazar...

Naturalmente, habría que liquidarlo con discreción, haciendo desaparecer el cadáver de manera que nunca fuese encontrado. Así los diarios no podrían vociferar.

Ése sería el mejor sistema. O quizá un accidente... Pero simular un accidente con la perfección necesaria para convencer a los polizontes era tarea complicada. Salter jamás había menospreciado a los policías. O, por lo menos, sólo despreciaba a los que se embolsaban los sobornos de Telvi. Sobre éstos, opinaba que no jugaban limpio. Cada uno debe mantenerse estrictamente detrás de su línea.

—Tienes el *whisky* ahí, querido...

Sacudió la cabeza y miró distraídamente a la rubia. Realmente, era una chica estupenda, reflexionó, mientras se apoderaba del

vaso. Tenía unas curvas que mareaban. Las recorrió con la mirada. Sí, realmente, era una visión capaz de despertar ansias de vivir en un cadáver.

Una visión realmente incitante...

Y ésa fue la visión que quedó grabada indeleblemente en sus retinas cuando la bala penetró en su parietal derecho. Confusamente, alcanzó a escuchar el ruido de cristales rotos cuando el ventanal saltó en pedazos.

Luego ya sólo el terrorífico golpe, y la nada más absoluta.

Su cabeza reventó como una fruta excesivamente madura, salpicando cuanto le rodeaba. El cuerpo ya muerto del pistolero fue casi levantado en vilo por el impacto, y luego arrojado de lado fuera de la butaca, casi a los pies de la aterrorizada Doris.

Para ésta, el estallido del cristal siguió resonando incluso mucho después de haber cesado el estruendo. Sus ojos desorbitados contemplaron la reventada cabeza de Buddy, y después de un par de intentos fallidos, empezó a aullar con toda la fuerza de sus pulmones, mientras echaba a correr hacia la salida huyendo de la horrenda visión.

Minutos más tarde, entre la confusión provocada por los otros inquilinos del edificio, los policías hicieron su aparición. Tras los patrulleros entraron en escena los detectives de la Sección, quienes se esforzaron por sacar algo en limpio de la histérica Doris, pero fracasaron en sus intentos.

Los peritos iniciaron su labor con su acostumbrada eficiencia. La bala fue hallada empollada en el zócalo de la pared opuesta a la ventana. Reconstruyeron el instante del crimen colocando a un agente de estatura aproximada a la de Salter en la butaca, y de esta forma pudieron trazar una trayectoria casi exacta del recorrido del proyectil, guiándose por el lugar en donde se había empotrado, después de atravesar la cabeza del pistolero.

Cuando la investigación de rutina estuvo terminada, un detective llamado Morrison gruñó:

—Esto nos va a dar un buen dolor de cabeza, sargento, ¿no cree? El muerto era uno de los muchachos de Telvi.

El sargento se encogió de hombros.

—Nos sacudiremos el caso de encima ahora mismo —dijo—. Los de la Central apechugarán con él... Les pertenece por entero, ya que

tienen otros dos homicidios exactamente iguales a éste entre manos.

—No puedo decir que lo sienta —cacareó Morrison, aliviado.

Efectivamente, el caso fue traspasado al equipo del capitán Randall junto con los informes recogidos, casi inexistentes, la bala aplastada y el casquillo encontrado en la azotea de la casa de enfrente a la que había ocupado Buddy Salter.

El casquillo podía ser de un «Winchester 70».

—O de un «Remington» calibre 308 —opinó el sargento Tygan con mal humor—. Incluso de un «Marlin» mataos es, o de cualquiera de esos rifles que se venden por correspondencia. ¿Qué opina usted, teniente?

No obtuvo respuesta. Dalton estaba dándole vueltas entre sus dedos al brillante casquillo que todavía olía a pólvora sin humo.

Levantándose, entró al despacho de Randall con la preocupación reflejada en su semblante. Estaba cansado, y no sólo físicamente.

—Bueno, Dalton, ¿qué piensa usted hacer? —le espetó su jefe tan pronto se hubo sentado.

—La verdad es que estoy desconcertado, capitán. Ya van tres en menos de veinticuatro horas y no tenemos la menor pista.

—Yo no diría eso.

Se miraron. Dalton hizo un gesto de fastidio.

—No empiece otra vez. Ese chico no puede haber liquidado a los tres con esa efectividad. Eso es obra de un profesional.

—Tonterías. ¿Cuánto tiempo cree que tardarán los periódicos en meter bulla? Recordarán que ese chico juró matar a Telvi y a todos sus matones. Lo gritó en pleno tribunal. Bueno, lo está haciendo. Trabaje usted sobre esa pista y llegará a algún lado.

—No.

—¿Cómo?

—No puedo creer que Tom...

—Escúcheme, Dalton; ya es hora de que hablemos con claridad. Sé que mantiene usted relaciones amorosas con la hermana de ese chico. Muy bien, no pienso inmiscuirme en su vida privada. Pero si Tom Gray es un matarife capaz de liquidar a tres tipos en tan pocas horas debe ser detenido y desenmascarado. Y usted es quien tiene ese caso en las manos, No puede soltarlo como una patata caliente. ¿Lo ha comprendido?

—Perfectamente. Podía haberme dicho lo mismo con la mitad de

palabras.

—He querido asegurarme de que quedaba claro. Salga y tráigase a ese muchacho. Lo interrogaremos.

—¿Bajo qué acusación lo traigo, asesinato?

Randall titubeó.

—No —gruñó—. No podemos acusarlo todavía. Sólo para interrogarlo, sin acusación específica alguna. Tal vez se desinfla al verse aquí, ¿eh?

—No lo hará. Y por otra parte, empiezo a pensar que quizá sería preferible que presentase mi renuncia, capitán...

Randall dio un salto.

—¡Largo de aquí! No se la admitirían, ¿entiende? Tiene usted la mejor hoja de servicios de todo el Cuerpo de policía, está propuesto para ascenso y ahora me sale con una renuncia. ¿Ha perdido el juicio, condenado sea usted?

—No se altere. ¿Ha pensado en que lo que el asesino está haciendo es algo que nos hubiera gustado hacer tanto a usted como a mí? Liquidar a una pandilla de criminales, sin darles posibilidad de escurrir el bulto ante un jurado complaciente...

—¡Cállese!

—Sí, señor.

—Y tráigame al chico Gray.

—Sí, señor.

Dalton giró sobre sus talones y abandonó el despacho, pálido y alterado. Envió a un agente con el casquillo para que lo entregase a la sección de balística, junto con el proyectil. Luego llamó al sargento Tygan.

—Vamos a ver qué tal se encuentra Telvi, sargento —gruñó, dirigiéndose a la salida—. Quizá le haya variado el humor esta noche.

—Apuesto que está temblando como un flan —rió el sargento—. Oiga, teniente, ¿qué le pasaba al capitán? Se oían sus gritos desde la sala.

—Uno de sus ataques de euforia.

—Ya veo...

Tomaron un coche y se dirigieron al club de Telvi. Dalton pensó que el Destino le había jugado una condenada trastada...

Si no estuviese enamorado de Jessy... Pero no valía la pena

pensar sobre eso. Lo estaba, y al infierno con todo lo demás. Ya encontraría una solución, y si no...

CAPÍTULO VI

Johnny Telvi engulló el *whisky* de un trago. Cosa extraña, no le encontró sabor alguno.

Sentado a una mesa, a poca distancia del lugar donde los músicos desgranaban una melodía que obligaba a las parejas a apretujarse en la pista, miraba a su alrededor con ojos fatalistas. No obstante, allí, rodeado de gente, con todo aquel bullicio, sentíase seguro. El condenado tirador emboscado no podría cazarle mientras se mantuviera en un lugar atestado, con los hombres que le quedaban apostados en los puntos más estratégicos del salón.

Hizo una seña al camarero y éste se apresuró a traerle otro vaso lleno. Detrás del camarero se acercó Tony Carbo, otro de sus matarifes de confianza.

—Acaba de llegar George Sagar, patrón —musitó el guardaespaldas.

—¿Sagar?

—Está en el vestíbulo. Sólo le acompaña Percy Blythe.

Telvi suspiró, aliviado. Si solamente uno de los pistoleros de Sagar venía con su jefe, era indicio inequívoco de que no venían en son de guerra.

—Déjenles paso libre —decidió—. Veremos qué se propone.

Sagar era un hombre delgado y movedizo, nervioso. Su rostro inexpresivo no se alteraba jamás. Únicamente sus ojos reflejaban algunas veces el estado de ánimo que le dominaba. Sus negocios se extendían por toda la ribera del río, controlando la prostitución, distribuyendo algunas drogas y practicando la extorsión en modesta escala.

—Siéntate, George —gruñó, echando una mirada de soslayo al corpulento guardaespaldas de Sagar.

Éste tomó asiento, y durante irnos segundos se limitó a mirar al gran jefe como si éste fuera un bicho de una especie desconocida.

—Bueno, habla —se impacientó Telvi—. Supongo que no has venido hasta aquí por el solo hecho de divertirme.

Tienes razón, Johnny. Tú y yo podríamos tratar de negocios, como buenos amigos.

—Así de fácil, ¿eh?

—Puede serlo si los dos nos esforzamos un poco...

—No veo cómo.

—Me gustaría que me invitasen a un trago, Johnny. Sólo como principio, ¿entiendes?

Telvi hizo una seña a un camarero e instantes después una botella era depositada sobre la mesa, junto con vasos limpios. El mozo se esfumó después de descorcharla y escanciar la primera ración.

—Excelente bebida —comentó Sagar—. Sabes cuidarte.

—¿Y bien...?

—He sabido lo de tus muchachos. Mal asunto.

—Toda la ciudad lo sabe. Los periódicos se han encargado de esparcir la buena nueva. ¿Y qué con eso?

—Bueno, he estado pensando, tú sabes... Ese Gray parece dispuesto a cumplir lo que prometió en el tribunal...

—Yo le pararé los pies. Y ahora al grano. Tu interés por mis muchachos es conmovedor, pero no cuela. Nos conocemos bien tú y yo, George, para andarnos con rodeos.

—Okey. Supongamos que ese tipo liquida a tus muchachos... a los que te quedan quiero decir. Y finalmente, te despacha a ti. O quizá antes, eso es imposible saberlo. ¿Imaginas lo que sucederá después?

—Si me mata no me importa un pepino lo que pase luego —rezongó Telvi, un tanto perplejo porque no alcanzaba a comprender las intenciones de su visitante.

—Pero a mí sí —dijo éste—. Los otros cabecillas, incluyéndome a mí, comenzaremos a disputarnos tu sector, peleándonos como perros y gatos. Es algo que ya ha sucedido otras veces. Y eso sólo nos traerá perjuicios a todos.

—¿Y qué?

—He pensado que quizá sería bueno que nos asociásemos,

Johnny.

Telvi no pudo evitar dar un respingo.

—¿Asociamos? —exclamó—. ¿Tú y yo?

—Justamente.

—Me resultas chistoso, George. ¿Por qué tendría que hacerlo? Dame una sola razón medianamente convincente y consideraré la proposición sin reírme.

Espero que no te rías al final —masculló Sagar—. En primer lugar, tú y yo asociados podríamos llegar lejos. Eso en lo referente a los negocios. Pero, lo más importante para ti, Johnny, es que mis muchachos podrían librarte de Gray discretamente.

—Eso puedo hacerlo yo sin la ayuda de forasteros.

—No puedes, Johnny. Piénsalo un poco y te darás cuenta de mi punto de vista. La policía está alerta. Apuesto que te vigilan, a ti y a tus muchachos. Ellos habrán supuesto también que es Gray quien tirotea a tus hombres, ¿no te parece? Y estarán esperando que cometas un error para caerte encima como una tonelada de ladrillo. Tal vez por eso no lo han detenido todavía, a pesar de saber muy bien que él prometió matarte. Sin embargo, ni a mí ni a los míos nos vigilan en absoluto... ¿Está claro?

Johnny pensó un poco sobre eso. No cabía duda que era cierto cuanto Sagar estaba exponiendo. Liquidar a Gray era de la máxima urgencia. Sólo el temor a que la policía estuviera merodeando por los alrededores del chico le había impedido matarlo ya tan pronto cayó Frankie.

—Sigue hablando —rezongó a regañadientes.

—Bueno, yo te libero de Gray, y los polizontes jamás podrán relacionarte con su muerte. No sospecharán de mí. ¿Lo ves claro?

—Sólo en parte.

—Bueno, es suficiente. ¿Qué me dices?

—No es una razón lo bastante sólida para que me asocie contigo.

—Hay algo más... aunque para ti sea de poca importancia. Pero en fin, te lo diré —concedió Sagar con su voz calmosa—. Si te sucede algo y yo estoy ya asociado contigo, los otros se estarán quietos. Respetarán los límites de mi territorio, porque será como si todo siguiera igual.

—De manera que te sientes ave de rapiña... Hueles la carnaza, ¿eh, George? Revoloteas a mí alrededor esperando que ese

condenado me vuelve la cabeza.

—No es eso, pero me gusta ser previsor. Por otra parte, si logramos cazarlo antes que te liquide, todo irá bien. Y puedo ser yo quien caiga cualquier día, ¿te das cuenta? En ese caso tú te quedarías con mi territorio y mis negocios.

—Creo que empiezo a comprender.

—Lo celebro. Todo consiste en que yo te libre de Gray.

Tras un carraspeo, Telvi dijo:

—Lo pensaré. ¿Has hablado con alguien de tus brillantes ideas?

Sólo con Flaherty y Donovan. Ambos están de acuerdo conmigo. No se moverán, pase lo que pase. Comprenden que actualmente los tiempos son distintos y debemos mantenernos lo más quietos posible.

—Ese par de bastardos...

Sagar se encogió de hombros.

—Es una proposición razonable.

Telvi le miró con los ojos convertidos en dos rendijas.

—Lo pensaré —repitió.

—¿Cuándo crees que podrás darme la respuesta?

Johnny Telvi se echó atrás en su silla y esbozó una sonrisa.

—Tan pronto me hayas librado de Gray con toda discreción —anunció con suavidad.

Sagar parpadeó.

—Eso no me conviene —dijo—. Puedo echar a ese entrometido al fondo del océano con un buen lastre en los pies, pero una vez hecho tú puedes volverte atrás y negarte a la asociación...

—Entonces no hay trato, George. Comprende que necesito seguridades antes de liarme contigo. ¿Qué pasa si me asocio contigo, y antes que puedas despachar al tipo ése, él me liquida a mí? Tú te lo embolsas todo cómodamente, sin ningún riesgo... No, no creo que pusieras mucho empeño en quitar de en medio a Gray, después de unirnos tú y yo.

Sagar soltó una maldición en voz baja.

—¿Es tu última palabra, Johnny? —masculló.

—Por supuesto que no. Pensaré sobre eso. Ya te llamaré cuando haya decidido.

Sagar no pareció muy satisfecho. Se inclinó sobre la mesa y con voz ronca indagó:

—¿Me das tu palabra de asociarte conmigo si liquido a Gray?

—Siempre que lo hagas de tal manera que no puedan implicarme a mí en su muerte.

—No tienes que enseñarme cómo he de hacer esa clase de trabajos.

—¿Palabra, Johnny? —insistió el pandillero.

—Palabra.

Sagar suspiró.

—Okey, lo haré —dijo entre dientes—. Pero como intentes una jugarreta después no vivirás para contarlo. Espero que eso quede bien claro también.

Telvi asintió con una pálida sonrisa distendiendo sus bien dibujados labios, casi femeninos.

—Yo siempre cumplo mi palabra, George —gruñó—. Ya deberías saberlo.

Sagar se levantó, estrechó su mano y dijo como despedida:

—Puedes encargarte una corona para él, socio. Va a necesitarla... pronto.

Giró sobre los talones y emprendió la retirada, escoliado por su guardaespaldas. Al pasar por el arco que dividía el salón en dos, casi tropezó con el teniente Daban y el sargento Tygan, que entraban en aquel momento.

La mirada acerada del policía se clavó en el pandillero con cierta sorpresa, pero lo dejó marchar sin interferencias. Después buscó a Telvi y se encaminó a su mesa.

Ocupó la misma silla que Sagar acababa de dejar vacante.

—¿Qué tal, Johnny? —masculló.

—Usted era el único que me faltaba, polizonte. ¿Ya ha capturado al matador de mis muchachos?

—Todavía no.

—Entonces, ¿a qué demonios ha venido aquí?

Tygan, en pie detrás del teniente, masculló:

—Quizá a darte el pésame.

—¡Qué gracioso! —barbotó Telvi—. ¿Qué esperan ustedes para detener a ese bastardo? Si lo dejan suelto seguirá matando y matando...

Morirán todos.

—¿No te incluyes tú en la escabechina, Johnny?

—¿Eso es cuánto se le ocurre?

—Realmente, se me ocurren muchas otras cosas, pero ésa es la idea general. ¿A quién te refieres cuando hablas del que liquida a tus matones?

—¿A quién diablos va a ser? Gray, naturalmente.

—¿Sólo porque te amenazó en el tribunal?

—¿Le parece poco? Juró que me mataría. A mí y a mis hombres.

—No podemos detener a nadie sin pruebas, Johnny, tú lo sabes. De otra manera, haría años que tú estarías pudriéndote en un penal.

Telvi, exasperado, hizo un ademán para levantarse de la mesa, más la voz seca y autoritaria de Dalton le dejó clavado en la silla.

—¡Siéntate y escúchame! —Gruñó el teniente—. Estamos haciendo todo lo posible para identificar al tirador emboscado, aunque personalmente, y entre nosotros, te diré que no me importaría que lograra escapar... después de terminar el trabajo que ha emprendido.

—¿Y se atreve a decirme eso a mí, en plena cara?

—Ya lo estás oyendo. Pero no temas, mis sentimientos personales no pueden apartarme de mi deber. Y ahora dime, Johnny. ¿Quién más, aparte de Gray, crees que puede estar interesado en mandarte al infierno?

—Nadie, sólo ese bastardo del demonio.

—¿Nadie más?

—¡Claro que no!

—He visto a Sagar saliendo de aquí, Johnny. ¿Ha venido a interesarse por tu salud acaso?

—Cuestión de negocios.

—¿Qué clase de negocios?

—Eso es algo que no le importa. Limítese a buscar a ese tipo, Gray.

Lo demás... Bien, es terreno vedado para usted.

—Claro, claro...

Johnny se removió en su asiento, inquieto y furioso a un tiempo.

—No sé qué están tramando ustedes —dijo—, pero sea lo que sea, no me gusta. Me quejaré a alguien que está mucho más arriba que usted. Y hablaré con los periodistas. Ya es hora de que en sus artículos digan la verdad y hablen de ese tipo que me amenazó. Veremos cuando eso se haga público y los diarios alboroten sobre

ello cómo se mueven ustedes... Tendrán que detenerlo, ¿no es así? De lo contrario, los reporteros les harán pedazos.

—Lo tienes todo pensado, ¿verdad, Johnny?

—Seguro.

Dalton se levantó con una leve sonrisa en sus labios.

—¿También has pensado en lo que quieres que pongan en tu lápida? Ése debería ser un pensamiento confortable para ti. Ya volveremos a vernos un día de éstos. Si es que todavía estás vivo, naturalmente.

Hizo una seña al sargento y ambos salieron del salón, Johnny masculló una sarta de maldiciones. El furor le inmovilizó durante unos instantes.

Bien, pensó al fin; si Sagar cumplía su palabra podría reírse de los polizontes.

Se arrellanó en la silla y tomando la botella, escanció otra buena ración de *whisky*. Pensó que, a fin de cuentas, siempre estaba a tiempo de acabar con George Sagar, librándose de él definitivamente en lugar de asociarlo a sus estupendos negocios.

Pero eso sólo lo haría cuando Gray estuviera bajo tierra, naturalmente...

CAPÍTULO VII

—No hemos podido encontrarlo —repitió Dalton con voz monótona, mientras exhalaba una bocanada de humo.

El capitán Randall le miró con cara de pocos amigos.

—Me gustaría estar seguro de que ha puesto usted todo su interés en localizar a ese muchacho, Dalton...

—Si duda de mí puede relevarme, capitán. Hay otros oficiales en la Brigada que aceptarían este caso muy a gusto.

—¡Usted lo empezó y usted tendrá que terminarlo!

—Bueno.

—¿Dónde está el chico? No me diga que se ha esfumado en el aire.

—Su hermana dice que salió como todas las noches. Debe andar emborrachándose con alguna chica.

—¿Es ésa su costumbre?

—Sólo desde que terminó el proceso.

—¿Y qué ha hecho usted para localizarlo?

—He puesto a tres de los muchachos en su busca. Telefonarán sus informes regularmente.

—¿Sabe si alguna vez ha tenido un rifle capaz de disparar la clase de proyectiles utilizados para matar a esos pistoleros?

—Actualmente no posee ninguno. En otro tiempo sí, cuando iba de caza con su padre. Pero hace un par de años que había dejado esa afición de lado.

—¿Ha registrado su casa?

Dalton frunció el ceño.

—No.

—¿Por qué no? Usted sabe...

—Lo que yo sé es que necesito una orden de allanamiento, y no

poseo ninguna razón medianamente válida para solicitarla. ¿Quiere pedirla usted, capitán?

—¡Claro que la pediré! Y cuando la tenga pondrán la casa de los Gray patas arriba. Y usted dirigirá la operación, le guste o no. ¿Entendido?

—Muy bien. ¿Alguna cosa más?

—No...

Dalton se levantó, y encaminóse a la puerta. No obstante, la voz de su jefe le detuvo a mitad de camino.

—Lo lamento —dijo el capitán—. Pero el comisionado está apremiándome, y también el fiscal empieza a interesarse por este asunto. Me ha llamado dos veces por teléfono.

—Imagino que están muy preocupados por la seguridad de Johnny, ¿no es eso?

—Siga con sus ingeniosos comentarios, Dalton, y verá en lo que queda su ascenso.

El teniente se encogió de hombros y abandonó el despacho. AJ quedar solo, Randall se restregó furiosamente la cara con las manos. Estaba cansado, molesto y soñoliento. Si por lo menos pudiera largarse a casa y dormir como una persona decente...

Pero no se atrevió a dejar el despacho. Se preguntó si el tirador emboscado habría ya elegido una nueva víctima, y en caso de que fuera así, quién sería el próximo en caer. ¿Telvi quizá...?

* * *

Pero no era Johnny Telvi. Éste, cuando el *cabaret* cerró sus puertas, se hizo acompañar por dos de sus mastines hasta el apartamento, utilizando para subir el ascensor privado. Una vez arriba, se cuidó muy bien de no acercarse a ninguna ventana. Despidió a sus hombres, desvestióse y apagó las luces.

A oscuras, atisbo por la ventana de su dormitorio intentando distinguir las azoteas de las casas del otro lado de la calle. Estaban demasiado arriba y la luz de la calle no llegaba hasta ellas. Refunfuñando, se metió en la cama y trató de dormir. No lo consiguió en un buen rato.

Uno de los dos pistoleros que le habían dado escolta acompañó a su compañero hasta la planta baja, cerró cuidadosamente el acceso

al elevador privado y regresó arriba, dispuesto a acomodarse en el diván del *hall*, para montar guardia allí el resto de la noche. Se llamaba Dixon.

El otro, Tony Carbo, salió a la calle, y con la experiencia adquirida a costa de la vida de sus compañeros, se deslizó junto a la oscura pared hasta llegar a la altura de su auto. Entonces corrió a través de la acera, agazapado, y casi entró de cabeza en el interior del vehículo. Sólo entonces respiró con alivio.

Condujo con el acelerador a fondo por las poco transitadas calles hasta el edificio donde tenía su cuchitril. Durante todo el trayecto no cesó de pensar en el tirador apostado, ni en sus compinches muertos, ni en la mejor manera de eludir el que parecía ser fatídico sino de los secuaces de Telvi.

Tony Carbo era un hombre relativamente mayor para la clase de trabajo a que se dedicaba. Tal vez a causa de sus años era el más calmoso de cuantos trabajaban para Johnny Telvi. Nunca se alteraba por nada, nunca discutía una orden ni ponía impedimentos a las instrucciones que el jefe le comunicaba. Sencillamente, cumplía el «encargo» con profesional eficacia y no volvía a acordarse más del asunto.

Pero aquella noche, su sempiterna calma parecía haberle abandonado. Estaba nervioso e inquieto. Analizó de manera concienzuda la manera de actuar del emboscado. Calculó que para acertar los blancos a tal distancia debía utilizar una mira telescópica. Muy bien, eso le facilitaría el trabajo, pero, además, el matador necesitaba que su víctima estuviera casi inmóvil, de lo contrario no podría acertar con tamaña precisión ni valiéndose de la mejor mira inventada hasta la fecha. La distancia en cada uno de los atentados había sido considerable, y además, estaba la oscuridad...

Acabó llegando a la conclusión de que si se movía aprisa ninguna bala podría alcanzarle, de manera que cuando detuvo el coche frente al edificio donde vivía ya tenía trazada una firme línea de conducta. Saltaría a la acera y correría en zigzag hasta la entrada. Así no habría tirador, por bueno que fuera, capaz de acertarle.

Sonrió para sí. Alargó la mano para girar la manija de la puerta.

Justo en aquel instante, cuando la puerta se abrió y la luz

automática del interior del coche se encendió, la bala zumbó a través de la calle como un infernal mensaje de muerte.

El grueso proyectil penetró por un lado de su cuello, destrozó músculos, nervios y huesos y casi le arrancó la cabeza de cuajo. Cuando la bala salió por la otra ventanilla, astillando el cristal, Tony Carbo ya no era más que un cadáver casi decapitado que en aquellos instantes estaba derrumbándose sobre el asiento cuán larga era.

Al otro lado de la calle, un coche negro se puso en marcha, alejándose sin prisa, con velocidad absolutamente normal. Pronto sus luces rojas de situación desaparecieron en la distancia, mientras la calle, las aceras y las casas, quedaban extrañamente solitarias y silenciosas, velando el sueño eterno de Tony Carbo, el hombre cuyos precavidos cálculos no habían podido salvarlo de su negro destino.

También esta vez la bala fue recuperada. Podía pertenecer a un «Remington 308», o a un «Winchester 70», o, quizá, a un «Marlin» mataosos, como no se cansaba de repetir el sargento Tygan.

Lo que no pudieron encontrar fue el casquillo metálico porque, en esta ocasión, quedó dentro del auto desde el cual el asesino había efectuado su certero disparo.

Más tarde, el informe de balística confirmó al teniente Dalton que también esa bala había sido disparada por la misma arma que las anteriores. Realmente, fue el único informe que pudo reunir.

CAPÍTULO VIII

Clive abrazó a Jessy, besándola suavemente en la oscuridad de la salita. Los labios de la muchacha parecieron arder bajo los suyos y durante unos instantes vivieron única y exclusivamente para ellos solos.

Después, ella susurró:

—Tengo miedo, Clive.

—¿Por Tom?

—Sí. Tampoco esta noche parece que piense volver.

—El maldito tonto...

Ella le guió hasta el diván, donde se sentaron uno junto al otro. La hermosa muchacha se envolvía en una bata casera de fina seda, bajo la cual asomaba el vuelo de un vaporoso camisón. A pesar del cansancio que le aplastaba, Dalton se sintió confortado por la visión de aquella belleza que tanto le subyugaba.

—No podía irme a casa sin verte antes —trató de disculparse.

—Si lo que temes es haber roto mi sueño, debes saber que no dormía. No he dormido en toda la noche...

—Lo comprendo. Hay algo más que quiero decirte.

El capitán ha solicitado una orden judicial para registrar esta casa.

—¡Clive!

—No debí habértelo comunicado, pero lo considero una estupidez tan grande que creo haber hecho bien.

—Pero ¿qué pueden esperar encontrar aquí?

—Tal vez un rifle... o municiones.

—¡Qué absurdo!

El inclinándose, la besó suavemente en los cabellos, que incluso en la oscuridad brillaban como una madeja de hilos de oro viejo.

—Será una pérdida de tiempo —rezongó—, pero Tom no me ayuda precisamente a disipar las suspicacias. Por otra parte, mañana, mejor dicho, esta mañana, los periódicos vociferarán de lo lindo, y no me sorprendería que sacaran a relucir ya las famosas amenazas de Tom en el tribunal. Lo sorprendente es que no lo hayan hecho hasta ahora.

Ella guardó silencio unos instantes. Luego murmuró:

—Podías haber registrado sin necesidad de orden alguna, Clive.

—Me he negado a hacerlo.

—Gracias, pero realmente...

—No quiero ser yo quien venga a revolver tu casa, Jessy.

—Gracias... Sé perfectamente lo que sientes.

—Si lo supieras estarías besándome solo para premiarme.

—O quizá tendría que darte una bofetada, quién sabe.

Se abrazó a él y permanecieron unidos largamente, luchando en vano por apartar las inquietudes que a ambos les torturaban.

Sin separarse, ella susurró:

—Clive... dime, ¿crees que Tom puede...?

—No.

—¿Lo dices para tranquilizarme? Él está casi siempre fuera de casa.

—En realidad, no le creo capaz de perpetrar esos crímenes. Quien sea que efectúa esos disparos, es un tirador excepcional. Ninguna de las tres víctimas estaba a menos de ciento cincuenta yardas como mínimo de su punto de mira... Y ten en cuenta que incluso de noche acertó de lleno y... Pero dejemos eso. No —repitió—, Tom no puede ser el hombre que buscamos.

—¿A pesar de que él te confesó que sabe disparar bien un rifle?

—Bueno, quizá sea cierto que sabe manejarlo.

—Querido, ¿y si es él?

Dalton se removió. Instintivamente, aflojó el cerco de sus brazos y trató de verle el rostro a la muchacha en aquella oscuridad.

—Será detenido —murmuró con voz ronca.

Ella se apretó contra su pecho. Estaba temblando.

—Prométeme que no serás tú quien... quien le ponga las esposas.

Debe haber otros detectives.

—Estás diciendo tonterías. Eso no sucederá.

—¡Oh, Clive! ¿Por qué tenemos que soportar esto? Primero papá, y ahora... Es demasiado.

Apartó la cara lo suficiente para ofrecerle los labios, como si deseara que con sus besos, Dalton absorbiera también su incertidumbre.

Pero antes que él pudiera tomar de su boca lo que ella le brindaba, el timbre del teléfono estalló en la quietud del apartamento haciéndoles pegar un salto.

Jessy corrió a descolgarlo y escuchó unos segundos. Después murmuró:

—Es para ti, Clive.

—¿Cómo demonios me llaman aquí?

La voz del sargento Tygan le llegó, al parecer sin rastro de sueño.

—Otro, teniente —anunció.

—¿Otro?

—Tony Garbo. En su coche. Hace apenas quince minutos.

Dalton sintió un escalofrío. Otro crimen, y precisamente cuando Tom estaba fuera de casa. ¡El muy estúpido...!

—Encárguese usted de todo, sargento —decidió—. Iré inmediatamente. ¿Cómo me ha localizado aquí?

—Bueno... éste... He llamado a su casa repetidamente sin obtener respuesta. Después he pensado que quizá estaría usted ahí y...

—Comprendo...

—Y el muchacho, ¿se encuentra con usted?

Tras una vacilación, Dalton gruñó:

—No.

—Mal asunto.

El teniente colgó, pensativo. Jessy le rodeó el cuello con sus brazos.

—¿Otro atentado? —murmuró.

—Sí.

—¡Dios mío!

—Debo dejarte ya, amor. Si vuelve tu hermano rétenlo aquí y llámame. Es preciso arreglar esto de una vez por todas. ¿Lo harás?

—Sí, Clive. ¿Cuándo volveré a verte?

—No lo sé. Esta noche había decidido descansar un poco, pero

ya ves. Es un mal asunto este de policía. Creo que has hecho una pobre elección conmigo, linda. —Yo no lo creo así.

La besó rápidamente y abandonó el apartamento con una aguda inquietud dentro de sí. Si en aquel instante hubiese tenido a Tom al alcance de las manos le hubiera sacudido lo bastante duro como para meterle un poco de sentido común en su dura cabezota...

CAPÍTULO IX

Fue una noche agotadora. Cuando, poco después de amanecer, regresaron a la Central, tanto Dalton como el sargento se sentían al borde de una crisis de nervios provocada por el cansancio, el sueño y la sensación de fracaso.

En contraste, el capitán Randall parecía descansado y fresco, a pesar de las escasas horas que había podido dedicar al sueño.

—Y van cuatro —refunfuñó, mirando a Dalton como si éste fuera el responsable de la matanza.

—Sí.

—¿Algún progreso?

—Ninguno. Es desesperante.

—¿Y el muchacho?

—¿Gray?

—¿Quién si no?

—Debe andar emborrachándose, como de costumbre.

—No creeré en esas borracheras hasta tanto no lo haya podido comprobar. Ah, casi lo olvido; Dunkan y dos detectives más están registrando la casa de esos muchachos. Lo siento, Dalton, pero no podía hacer otra cosa.

—Le agradezco que no me haya asignado a mí esa tarea...

Randall asintió con un gesto. Luego preguntó:

—¿Ha visto usted los periódicos?

—Casi todos.

—Lo que temíamos ha sucedido. Ya no nos dejarán en paz. Los valedores de Telvi empiezan a presionar.

—Seguramente temen por sus sustanciosas asignaciones mensuales.

¿Sabe usted lo que pienso?

—Dígamelo.

—Que ese condenado tirador podía haber empezado su lista por Johnny Telvi... Por lo menos, eso saldríamos ganados.

Teniente, le advertí que sus ingeniosos comentarios están fuera de lugar aquí.

—Yo también comienzo a considerarme fuera de lugar, capitán.

—No diga más tonterías...

Alguien llamó a la puerta y seguidamente la abrió. El detective de primera, Dunkan entró con expresión satisfecha. Llevaba un rifle en las manos, desmontado y medio envuelto en un pedazo de tela sucia de grasa.

Dalton no pudo evitar un escalofrío al verlo. Sintió que sus piernas flaqueaban.

—Eso es todo lo que hemos encontrado, señor —anunció, depositando el arma sobre el escritorio.

Los dos se inclinaron, examinándolo. Randall emitió un sordo gruñido.

—De manera que tenía este rifle, ¿eh?

—Estaba encima de un armario, señor, envuelto en ese trapo. Debo advertirle que la tela estaba cubierta de polvo.

—Pronto sabremos si ha sido disparado recientemente o no.

—Es un rifle de fabricación italiana —comentó Dalton—. No creo que haya servido para cometer esos crímenes.

—¿Por qué? Es de un calibre equivalente al 308, ¿no cree?

—Eso parece, pero...

—Mire, Dalton, ya hemos dado bastantes rodeos en este maldito caso. No pienso arriesgar mi cargo por nada ni por nadie, ¿comprende? Voy a dar orden de captura contra Tom Gray, mientras aclaramos lo del arma.

—¿Piensa acusarlo sin más evidencias que las que tenemos?

—De momento, le echaremos el guante como testigo material. Después ya se me ocurrirá algo para retenerlo más tiempo. Todo el tiempo que sea necesario para hacerle confesar.

Dalton encogió los hombros con gesto de cansancio, pero no replicó. Pensó que sus protestas de fe en el muchacho tampoco servirían para variar la decisión del capitán. Por otra parte, su vacilante fe en Tom estaba desmoronándose rápidamente. Si no fuera por Jessy...

Contempló cómo Dunkan se llevaba el rifle para entregarlo a los peritos del Departamento de Balística. Luego salió del despacho de su jefe y fue en busca de una taza de café. Sentíase capaz de dormirse de pie.

CAPÍTULO X

A las once de la mañana del mismo día, uno de los más eficaces confidentes de que disponía la policía informó al capitán Randall de que la mayoría de jefes del hampa de la ciudad se habían reunido en el *bungalow* que uno de ellos poseía en el distrito residencial.

La noticia interesó al capitán desde el primer momento. Dio precisas instrucciones al confidente, y cuando éste se hubo marchado envió también a dos detectives para que trataran de meter la nariz por los alrededores de la concentración de hampones.

El detalle que más le intrigaba era que, a pesar de la aparente importancia de aquella asamblea, Johnny Telvi no asistía a ella, a pesar de su reconocida supremacía en el mundo del crimen organizado.

A las doce y media, el confidente volvió a deslizarse como una sombra por los pasillos hasta el despacho del capitán.

—No es seguro —dijo, respondiendo a las preguntas de éste con su voz nasal—; pero al parecer están trazando sus planes para el caso de que Telvi muerda el polvo.

—¿Ha podido averiguar de qué naturaleza son esos planes?

—No con detalle, pero en líneas generales, si ese Gray consigue despachar a Johnny, van a repartirse los negocios de éste entre todos. El fin primordial de ese acuerdo es evitar que entre ellos se declare una guerra para la posesión de la zona que ahora controla Telvi.

—Ya veo. ¿Quiénes asisten al consejo?

—Pues... «Scabby»

O'Neil;

de Voss; Carlino y Roce —reto. Puede que haya acudido algún otro después de marchar yo.

Randall pasó revista mentalmente a lo que sabía del alto mando del hampa Repentinamente, gruñó:

—¿Y Sagar?

—Ése no ha aparecido.

—Sin embargo, no tiene maldita la simpatía por Johnny...

Creí que lo sabía usted. Anoche se reunieron los dos en el club de Telvi.

—¿Éste y Sagar?

—Efectivamente. Aunque nadie sabe de qué hablaron. Mantuvieron una conversación que duró un buen rato.

—¡Vaya, vaya...! Y esta mañana, todos los otros se reúnen amistosamente. Los buitres se reparten los despojos incluso antes de que la víctima sea cadáver. Gente más precavida...

El confidente se marchó y Randall asomó la cabeza por la puerta.

—¡Sargento! —llamó.

Éste, con los ojos enrojecidos por el sueño, acudió a la llamada con cara enfurruñada.

—¿Dónde está el teniente Dalton?

—Abajo, en las celdas del sótano, señor. Creo que se ha acostado en una de ellas.

El capitán no pudo ocultar una sonrisa.

—Vaya hotel se ha buscado... Llámelo.

—Sí, señor.

Antes que Dalton apareciera, hizo su entrada otro de los detectives asignados al caso. Triunfalmente, depositó un brillante casquillo sobre el escritorio de Randall.

—Calibre idéntico a los otros —anunció.

—Ajá, el que faltaba. ¿Dónde lo ha encontrado?

—Sobre la alfombrilla del coche de Thomas Gray, señor.

El capitán no consiguió ocultar su sobresalto.

—Cuénteme —murmuró, tomando el trozo de metal entre sus dedos.

—El auto estaba estacionado a una manzana de distancia del apartamento de los hermanos Gray. Según la chica, ella no sabía dónde estaba el coche, aunque suponía que se lo había llevado su hermano. Como nos había facilitado la matrícula, el modelo y el color, no ha sido difícil localizarlo. Bueno... Ahí estaba el casquillo.

—Tal como suponíamos, disparó contra Tony Carbo desde un coche estacionado al otro lado de la calle. Juzgando por la trayectoria del proyectil no podía ser de otra manera... Gracias, muchacho. Llévelo a balística, ¿quiere?

Ya no cabía duda de la culpabilidad de Gray. Era preciso remachar las órdenes para su captura, dedicando cuantos hombres estuvieran disponibles a la caza del muchacho.

Sólo empezó a preocuparse cuando pensó que tendría que dar la noticia a Dalton...

Encendió un cigarrillo y aguardó. Casi lamentó haber mandado despertarlo...

Sin embargo, Clive Dalton encajó el golpe con insospechada calma. Seguía pareciendo cansado, pero las pocas horas de sueño le habían devuelto parte de sus energías.

Tras escuchar las desastrosas noticias sólo dijo:

—Está bien, me equivoqué respecto al chico. Creo que será mejor que vaya a hablar con Jessy...

—Trate de hacerle comprender que, en caso de que su hermano acuda a ella, debe convencerlo de la conveniencia de entregarse. ¿Puedo confiar en usted, Dalton?

—Siempre ha confiado en mí, ¿no es cierto?

—Per supuesto. Pero ahora están sus sentimientos mezclados en un caso y eso me inquieta.

—Sabré cumplir con mi deber, si es eso lo que teme. Incluso a costa de mi felicidad. ¿Alguna objeción, capitán?

—Ninguna, Dalton. Buena suerte.

—¿A qué le llama usted suerte? —rezongó, mientras abandonaba el despacho.

* * *

También hasta Telvi llegaron las noticias de la reunión de magnates del crimen. No pudo contener su inquietud y comenzó a restregarse las manos nerviosamente una contra otra.

—Esos hijos de perra —barbotó—. Ya me dan por muerto... Y se aprestan a devorarme por anticipado, seguro.

Dixon le miró con inquietud. En realidad, Telvi ya sólo podía confiar en él y en otro matón que montaba guardia abajo, junto a la

puerta del ascensor privado.

Dixon era corpulento, fuerte y silencioso. Un carácter introvertido dado a la imaginación. Sus ideas giraban invariablemente alrededor de las mujeres. No obstante, cuando estaba al lado de una de ellas sentíase extrañamente turbado, lo cual representaba un vivo contraste con sus compinches.

Con su voz baja y monótona indagó:

¿Qué piensa hacer, patrón? No puede dejar que le aparten a un lado.

—Ni siquiera lo han intentado todavía. Pero es preciso pensar muy bien nuestros próximos pasos. Sólo puedo disponer de ti y de Derek. No se puede hacer mucho sólo con dos hombres...

—Puede pedirles tres o cuatro muchachos a los jefes de Detroit.

Otras veces ellos nos han necesitado a nosotros.

—Eso sólo lo haré si no tengo otra salida.

—Bueno, algo hay que hacer si no queremos que nos aplasten.

—Hay tiempo para eso. De momento quien más me preocupa es ese Gray de todos los demonios. Hasta que Sagar lo haya liquidado no podemos movernos. Además, la Prensa está armando mucho alboroto.

—Pero no contra nosotros, sino que dirigen sus tiros a la policía. Y hablan ya de la especie de juramento de Gray. No creo que tarden mucho en echarle el guante.

—Pero entre tanto nos tiene inmovilizados. ¡Si por lo menos pudiera tenerlo en mis manos aunque sólo fueran cinco minutos...!

Calló al oír el timbre del teléfono. Al descolgarlo reconoció la voz, cuando dijo:

—El próximo eres tú, Telvi.

Era la misma que ya escuchara en otra ocasión.

—No estés tan seguro —replicó esta vez—. Toda la policía te anda buscando. Veremos cuánto tiempo duras.

—La policía no podrá salvarte, bastardo. Sólo cuando te haya matado, mi padre descansará en paz.

Telvi se quedó sin habla. Escuchó el chasquido de la comunicación al ser cortada y depositó el auricular en su sitio suavemente.

—Era él —masculló.

—¿Quién?

—Gray.

Dixon hizo una mueca.

—¡Qué cara dura! —refunfuñó.

La mirada que le dirigió su jefe le obligó a callar. Luego, Telvi volvió a descolgar el auricular y marcó el número de la policía. Tras no pocos tropiezos consiguió comunicar con el capitán Randall, como encargado del caso.

—Acaba de llamarme —dijo el hampón—. Según él, el siguiente en la lista soy yo.

Escuchó una especie de bufido.

—¿Qué más? —resopló el policía.

—Es Gray, naturalmente. Dice que cuando yo haya muerto, su padre descansará en paz. El bastardo sigue creyendo que yo liquidé a su viejo.

—¿Y no es cierto, Telvi?

—¡Maldito sea usted, polizonte! Tiene que darme protección, ¿entiende? Tengo derecho a ella. Pago mis impuestos, ¿no es cierto? Y a pesar de sus desvaríos, soy un ciudadano libre. El tribunal me absolvió. Estoy limpio. ¡Exijo protección!

Le pareció que al otro lado resonaban algo así como una sarta de maldiciones con voz ronca. Luego, Randall preguntó:

—¿Qué clase de protección? Tal como actúa ese muchacho, sólo una coraza a prueba de balas podría inmunizarlo.

—Bueno, pues hagan ustedes algo. Le están dejando las manos libres para que acabe con todos nosotros.

—A juzgar por su voz, Telvi parece que está muy asustado.

—¡Condenación! ¿Cómo estaría usted si le colocaran en mi lugar?

—Olería a muerto.

Sonó un chasquido y la comunicación quedó cortada. Johnny no pudo contener un rugido de furor y colgó el teléfono con tanto ímpetu que algunas esquivras saltaron por los aires.

—¡Malditos polizontes! —aulló—. Yo les enseñaré...

No dijo qué pensaba enseñarles. Se quedó pensativo y Dixon lo vio pasearse de un lado a otro sumido en sus inquietudes.

Cuando pareció llegar a una conclusión ordenó:

—Quiero que vayas en busca de Sagar. Tú sabes dónde encontrarlo.

—Seguro, patrón.

—Dile que le doy de tiempo todo el día de hoy para hacer el trabajo.

De lo contrario no hay trato. ¿Has entendido?

—Perfectamente.

—Date prisa. No quiero decírselo por teléfono. Pueden haberlo intervenido. No puedo confiarme, tal como están las cosas. Dile eso, Dixon. Veremos qué hace ese bastardo.

Dixon abandonó el apartamento sin más comentarios. Abajo, Derek montaba guardia con la efectividad de un centinela consciente de su deber.

Dixon salió a la soleada calle sintiendo una viva opresión en el estómago. La muerte de sus camaradas era como una sombra que se cerniera sobre él como si fuera las alas de la muerte.

Anduvo rápidamente la escasa distancia que le separaba del lugar donde estaba el auto que utilizaban los hombres de Telvi para sus trabajos. Se detuvo y metió la llave en la cerradura de la portezuela. Estaba abriéndola cuando llegó la bala desde las azoteas del otro lado de la calle, en un ángulo agudo, silenciosa y mortal.

Penetró por la parte superior de su cráneo, pulverizándole los huesos, el cerebro y las primeras vértebras de la espina dorsal. Cuando salió de su cuerpo ya apenas tenía fuerza y rebotó mansamente sobre la acera.

Claro que Dixon no pudo advertir ese detalle. Sólo sintió un horrible golpe y luego entró en el reino de los muertos tan rápidamente como si siempre hubiera estado en él.

Cuando se desplomó sobre las baldosas de la acera, un par de viandantes se detuvieron, asombrados. Otros giraron la cabeza, vieron el río de sangre que brotaba de la tremenda herida y echaron a correr por si la cosa no había terminado con un solo muerto.

No se había escuchado ningún estampido, de manera que nadie sabía explicarse qué le había sucedido a aquel hombre. Sólo cuando advirtieron que nadie disparaba, que no se producía conmoción alguna, los más osados se acercaron al caído dominando las náuseas, atraídos por la morbosa fascinación de lo macabro.

Cuando la policía pudo dominar el alboroto ya era tarde para buscar al tirador. Todo lo que pudieron encontrar fue un casquillo brillante, y tras una agotadora búsqueda, el aplastado proyectil,

caído junto al bordillo, donde había sido arrastrado por los pies de los curiosas.

Tanto el casquillo como la bala eran de calibre 308, o de un «Winchester» 70, etc., etc.

—Y en pleno día —apostilló el sargento Tygan, frotándose los ojos soñolientos a los que el sol molestaba de mala manera.

Dalton no dijo nada. Sólo contempló al caído pistolero. Luego murmuró:

—Sólo quedan dos.

—¿Decía usted algo, teniente?

—Telvi y Derek...

—¿Qué?

—¿Cuál caerá primero, Derek o su jefe?

Tygan miró a su jefe con cierto estupor.

—¿Está hablando en sueños, señor, o el cansancio le hace desbarrar?

—Tiene que hacerlo... Luego se entregará, estoy seguro.

Más desconcertado cada vez, Tygan optó por callar.

Así fue cómo Johnny Telvi se encontró con un solo pistolero en su nómina.

Y pensó que el maldito asesino le había mentido por teléfono.

Después de todo, no había sido él el siguiente...

CAPÍTULO XI

Los hombres del grupo de Randall rastreaban todos los bares de la ciudad, provistos de fotografías de Tom Gray. En todas partes formulaban las mismas preguntas e, invariablemente, obtenían también idénticas respuestas. Nadie recordaba haber visto a aquel muchacho.

Por su parte, Dalton había decidido mandarlo todo al diablo y acostarse al fin, de manera que dormía asaltado por continuas pesadillas, mientras los demás llevaban a cabo el trabajo de rutina.

También el sargento Tygan había conseguido al fin echarse a descansar. Casi no podía creerlo cuando se dejó caer sobre la cama. Inmediatamente quedó dormido como un leño.

Quien estaba muy lejos de sentir sueño era Johnny Telvi, encerrado con llave en su apartamento, teniendo a Derek en el *hall*, ocupando el puesto dejado vacante por el difunto Dixon.

Cuando sonó el teléfono, Telvi pensó con un sobresalto que era otra vez el maldito matarife quien le llamaba, de manera que descolgó de un manotazo y aterrado.

Pero fue la voz de Sagar la que llegó hasta él.

—Lo hemos localizado, Johnny —cacareó el pistolero—. Cuando oscurezca podrás sentirte tranquilo.

—¿Estás seguro, George?

—¡Oh, por supuesto que sí! Mis muchachos no lo pierden de vista. No podrá escapar.

—Está bien, ven a verme cuando termines. Estaré abajo, en el club.

—Empieza a pensar en la mejor manera de asociarnos, Johnny. ¿Te has enterado de la asamblea que ha habido esta mañana?

—¡Esa pandilla de cuervos...! Seguro que me he enterado.

—Eso te convencerá de lo conveniente que es que tú y yo estemos unidos. Podremos presentar un frente irreductible, ¿entiendes?

—Seguro. Pero de momento ocúpate del tipo. Y después ven a verme. ¿Conforme?

—Okey.

Colgó, aliviado. Bueno, asunto terminado. Sintió deseos de gritar, o de dar saltos y cantar con su voz descascañada... o de abrazar a una mujer.

Eso era lo que necesitaba; una chica. Ya era hora de que se divirtiese un poco... Un par de horas y el peligro habría desaparecido.

En aquellos instantes pensó por primera vez en el desastre que se acababa de abatir sobre su organización. No era sólo el hecho material de haberle liquidado a casi todos sus hombres. Personalmente, ellos no le importaban en absoluto. Cobraban para arriesgarse. Lo terriblemente complicado del asunto era que todo el mundo sabría que había estado al borde del desastre. Tal vez incluso le perdieran el respeto. Sólo para disputarle su territorio. Era muy posible que a eso fuera debido la reunión de los *grandes*, aquella mañana...

Debería hacer algo para pararles los pies, para cortar sus alas y escarmentarlos, haciéndoles ver con meridiana claridad que él seguía siendo el mismo Johnny Telvi de siempre...

Encontró que el tiempo pasaba desesperadamente lento. Al anochecer, había anunciado Sagar.

Bueno, ya estaba anocheciendo, al fin...

Desde una butaca vio cómo se oscurecía la estancia, y cómo en el exterior se encendían los faroles del alumbrado público. El maravilloso brillo de la noche le infundió nueva euforia. Al fin era libre.

Tom Gray estaría hundiéndose ya con un peso en los pies. Ojalá los peces empezaran a devorarlo antes que se ahogase...

Rechinó los dientes. Tanto miedo, tanta inquietud y todos sus negocios puestos en peligro por un estúpido mequetrefe...

Cayó la noche y Johnny continuó allí sentado, aguardando una llamada que confirmaría su seguridad. Más, cuando se cansó de esperar, decidió bajar al club y aguardar allí, rodeado de gente, en

su propio ambiente, seguro y protegido.

—Vamos abajo, Derek —exclamó, encaminándose a la puerta.

Ambos descendieron en el elevador privado. El club empezaba a llenarse. Algunas parejas cenaban y al verlos Johnny advirtió que sentía apetito por primera vez en aquellos días, de manera que encargó una cena succulenta y se acomodó a su mesa.

Derek quedóse apoyado en una columna, vigilante e inquieto. El no compartía la seguridad de su jefe. No podía compartirla, puesto que le pagaban para desconfiar de todo y de todos.

Encendió un cigarrillo y veló por la tranquilidad de aquella espléndida cena con que su jefe se había obsequiado.

CAPÍTULO XII

La llegada del confidente interrumpió la lectura de los últimos informes que Randall estaba examinando.

—¿Algo importante? —Gruñó, levantando la cabeza.

—Quizá lo sea. Telvi y Sagar se han asociado.

El capitán frunció el ceño.

—¿Estás seguro?

—Por completo. Es una noticia que ha partido del mismo Sagar. Por otra parte, señor, Telvi la ha confirmado cuando algunos de los jefes han querido comprobarla.

—Ya veo. ¿Dónde está Telvi ahora?

—Cenando en su club.

—¿Solo?

—Creo que sí. Por lo demás, sólo le queda Derek.

—Ya sé, ya sé... Me refería a visitas.

El hombrecillo se encogió de hombros.

—Está bien, cuando vuelvas por aquí con otro noticia tendrás tu asignación. Ahora lárgate. Tengo mucho trabajo.

—Sí, señor.

Desapareció tan silenciosamente como había llegado. Randall empezó a darle vueltas a la cosa y no le gustó. La unión de los dos cabecillas fortalecería todavía más la posición de ambos. En adelante, habría dificultades todavía mayores para pillarlos en cualquier desliz...

Claro que si Gray hubiese liquidado primero a Telvi las cosas no hubieran llegado a semejante extremo...

Sacudió la cabeza con disgusto. Las condenadas ideas de Dalton estaban turbando ya su buen sentido.

Como si al pensar en él lo hubiera conjurado, el teniente abrió la

puerta y se coló en el despacho con pasos más ágiles que durante las últimas horas.

—Tiene usted mejor aspecto, Dalton —comentó el capitán con soma.

—He dormido... ¿Alguna novedad?

—Sólo que Sagar y Telvi se han asociado.

Dalton le dio vueltas al informe, mientras su jefe le detallaba la corta entrevista con el confidente. Luego gruñó:

—Eso es malo para nosotros. Yo abrigaba la esperanza de que esos dos acabasen tirándose los trastos a la cabeza. Con un poco de suerte, nos habríamos visto libres de uno de ellos por lo menos.

—Otra de sus ingeniosas ideas, ¿eh, Dalton?

—Bueno, de todas formas ya no sirve. ¿Alguna noticia de Gray?

—En absoluto. Tengo a dos hombres apostados en las cercanías de su casa, por si se le ocurre ir allí.

—¿Lo sabe Jessy?

—¿Que vigilan? No lo creo.

—¿Y lo del casquillo en el auto, y la llamada telefónica a Telvi?

—Ninguno de los muchachos le ha dicho nada de eso.

—Bien, creo que deberé ser yo quien la informe, ¿no cree?

—Opino que es lo mejor, aunque no le envidio ese cometido.

—No, va a ser muy desagradable... ¿Siguen buscando a Tom por la ciudad?

—Por supuesto. He destinado a todos los hombres disponibles para ese trabajo. Incluso recorren los hoteles con la fotografía del muchacho. Y se radian regularmente órdenes de captura a los patrulleros.

Dalton asintió, dominando su amargura. Sabía ya que Tom estaba perdido. Nadie puede escapar a una batida en regla de la policía, si no dispone de poderosos contactos y recursos de profesional. Tom no tardaría en caer y entonces...

—Telvi podría reírse a gusto —gruñó, remachando su pensamiento en voz alta.

—¿Qué decía?

—Nada, lo siento; pensaba en voz alta.

—Telvi le obsesiona, ¿no es cierto, Dalton?

—Seguro.

—Trate de desligar sus sentimientos personales de su actuación

como oficial de la ley; es un buen consejo que le ruego no olvide por su propio bien.

Se miraron fijamente durante unos instantes. El teniente asintió con un gesto. Luego dijo sordamente:

Lo recordaré. ¿Hay algo que pueda hacer, aparte de largarme a casa de los Gray?

—Nada, mientras no consigamos una pista del chico.

—Está bien, me encontrará allí si me necesita.

Abandonó el despacho, convencido de que su felicidad futura con Jessy estaba balanceándose al extremo de un delgado hilo presto a romperse.

Cuando subió a su coche imaginó lo que podía decirle a la muchacha. No era mucho, y todo ello desagradable. ¿A qué muchacha le gustaría comprobar sin lugar a dudas que su hermano es un asesino?

Ya la mañana siguiente los periódicos publicarían ya la requisitoria de la policía, solicitando informes de cualquiera que pudiera aportar una pista para la captura de Tom. Era lo acostumbrado, algo rutinario, pero que desmoronaría el mundo de Jessy desde sus cimientos.

Y él, precisamente él, era el encargado de provocar ese cataclismo. Perra suerte...

A mitad de camino su decisión flaqueó. No se sintió con valor suficiente para enfrentarse a la muchacha y decirle lo que debía decir. Instintivamente, su pie dejó de apretar el acelerador y el coche perdió velocidad, entorpeciendo el tráfico y provocando un airado concierto de cláxones impacientes.

Dalton sacudió la cabeza. Necesitaba una copa. Es taba fuera de servicio. Podía permitirse el lujo de beberse un trago. Cambió de rumbo y minutos más tarde detenía su coche justo ante la entrada del club de Telvi, al que encontró saboreando un cigarro de regulares dimensiones, sentado a una mesa y escoltado por Derek, el más joven de los pistoleros que había tenido.

—Invítame a una copa, Johnny —le espetó, sentándose a su mesa.

El *gánster* enarcó las cejas.

—Me sorprende usted, teniente. ¿Celebra algo?

—Pensaba celebrar tu funeral. Incluso había organizado

mentalmente un velatorio adecuado. Pero mis esperanzas se han ido al infierno. Llama al mozo.

Johnny empezó a reír en voz baja, suavemente, burlón como un diablo. Pero ordenó que sirvieran un *whisky* doble al policía y contempló cómo éste lo bebía en dos sorbos.

—Está echándose a perder, polizonte. ¿Lo sabía?

—Tal vez. ¿No has vuelto a tener noticias de Gray, Johnny?

—Ninguna. ¿Todavía no lo han cazado?

Es pronto todavía.

—Imagino que estará usted desconsolado, ¿eh, Balón?

—Lo estoy. Ese estúpido chico ha fallado al final... Telvi siguió riendo. La euforia de su seguridad, la buena comida y mejor bebida, el ambiente, la música; todo contribuía a que se sintiese eufórico.

—No puedo enfadarme con usted, teniente —confesó—. No esta noche.

—¿Qué tiene de particular esta noche?

—Bueno... Ustedes se han lanzado al fin en busca de Gray, librándome de él.

—Todavía anda suelto, no lo olvides.

—Bueno, pero no se atreverá a asomar las narices fuera de su escondrijo.

Dalton achicó los ojos al clavarlos en el pistolero como dos dardos.

—Me sorprendes nuevamente, Johnny —farfulló—. No te conocía bajo esa faceta alegre de tu carácter. Me gustaría saber a qué obedece semejante euforia.

—Quizá a la buena cena, o a que mis negocios marchan bien. ¿Qué es lo que realmente ha venido a buscar aquí, teniente?

—Una copa, lo creas o no.

—Pamplinas.

—Es cierto... Creo que la necesitaba.

—Podía haber bebido en cualquier bar. No me crea tonto por lo menos.

—En fin, también deseaba saber qué hay de cierto en tu asociación con Sagar, Johnny.

El pistolero no pudo ocultar una mueca de disgusto.

—Las noticias vuelan en esta maldita ciudad —refunfuñó.

—¿Es cierto o no?

—Sí.

—Ya veo. ¿Ha hecho méritos suficientes para que le des parte de tu industria?

—¿Quién? ¿Sagar? No necesitaba hacer méritos. Es sólo una operación comercial.

—Y un demonio, Johnny. No puedes engañarme. Hay algo sucio detrás de eso. ¿Olvidas que durante años he estudiado tu manera de operar?

—Y ha perdido el tiempo.

—Yo no diría eso. Bueno, ¿qué hay de Sagar?

Pregúntele a él.

—Lo haré, claro, pero —ahora te lo pregunto a ti.

—No hay respuesta, polizonte.

Vio que el pistolero perdía rápidamente su aparente alegría. Se preguntó a qué sería debido el cambio, y acabó convencido de que el responsable era Sagar. Tal vez aquella asociación de los dos hampones no era del agrado de Telvi...

Decidió cambiar de tema antes de marcharse de allí.

—¿Cuánto tiempo llevas sin asomar las narices a la calle, Johnny? —le espetó con una sonrisa.

El pistolero respingó.

—¿Qué trata de decirme ahora?

—Todos tus hombres han mordido el polvo en la calle, excepto uno. Imagino que estarás lo bastante asustado como para no pisar la acera ni por descuido... Dejas que sean otros quienes corran los riesgos.

—Ya veo. Quiere que salga, ¿no es eso? Se propone llamarme cobarde, sólo para provocarme.

—Te equivocas. Yo ya sé que eres un cobarde, ni más ni menos. Sólo que tu miedo debe haber aumentado con los últimos sucesos... Gray ha demostrado que es un tirador infalible.

Telvi apretó las mandíbulas como un cepo.

—¿Qué espera que haga ahora? ¿Salir a la calle y pasearme arriba y abajo de la acera, sólo para darle gusto?

Dalton se levantó con gesto cansado.

—Sé que no harás nada de eso. Por lo menos, hasta que hayamos capturado a Cray. Cuídate, Johnny.

El teniente giró sobre sus talones. Casi tropezó con un camarero

que se acercaba presuroso a la mesa cargado con un teléfono portátil. Lo vio enchufar el aparato al pie de la cercana columna. Johnny Telvi lo descolgó. Dalton se desentendió de él encaminándose a la puerta, más amargado que nunca. Ahora ya no tenía excusa para rehuir la visita a Jessy.

En aquel instante, la voz seca de Telvi le detuvo en seco.

—Le acompaño, polizonte Sólo para que deje de pensar que soy un cobarde. ¿Conforme?

Estupefacto, Dalton asintió con un ademán. Después se encogió de hombros y ambos se dirigieron a la puerta.

CAPÍTULO XIII

La aureola de luz del anuncio luminoso barría las sombras de la acera. Las carrocerías de los coches brillaban en el estacionamiento y el aire era cálido y suave. Dalton se detuvo en mitad de la acera, frente a la entrada del *cabaret*. Telvi quedóse a su lado.

—¿Qué debo hacer ahora? —dijo el *gánster*—. ¿Encender una hoguera y mandar señales de humo anunciando mi presencia?

Clive Dalton extrajo un cigarrillo, sin apartar sus acerados ojos de la cara del pistolero.

—Yo no te he dicho que salieras, Johnny —gruñó—. No comprendo tus reacciones esta noche. Tanto tú como yo formamos un blanco perfecto aquí, plantados como muñecos de tiro.

Encendió su cigarrillo. Sentía sobre sí las burlonas pupilas de Johnny. Repentinamente, ya no las sintió. Escuchó un escalofriante sonido, de huesos astillados y ante sus propias narices la cabeza del pistolero reventó en mil pedazos. Sólo entonces percibió el aullido de la bala, al rebotar contra la pared. Johnny comenzó a doblarse sobre las rodillas, mientras el empuje del impacto lo lanzaba a la entrada del local, apartándolo del teniente.

Éste no esperó a verlo caer. Reaccionó por puros reflejos y echó a correr atravesando la calle. El portal de la casa que quedaba frente al club estaba abierto y se lanzó por él como una tromba.

Tuvo la suerte de encontrar un ascensor rápido. Entró a él de un salto, pero antes de ponerlo en marcha se dio cuenta que otro aparato gemelo estaba situado un poco más allá y volvió a salir. Dejó las puertas abiertas, para que el ascensor no pudiera funcionar, y él utilizó el segundo para subir como un cohete hacia las alturas.

La puerta de la azotea estaba cerrada. Sacó su «45» y saltó la cerradura de un disparo, cuyo estampido repercutió por el hueco de

la escalera como un cañonazo.

No pudo descubrir el menor rastro del tirador apostado. Una sucesión de azoteas coronadas por incontables antenas de televisión y sucias chimeneas se extendían ante su vista. Ahogó una maldición y escuchó. Apagados, le llegaban los excitados ruidos de la calle, donde yacía el cadáver de Telvi, pero trató de apartar su mente de esos sonidos.

Al fin creyó percibir un leve golpe metálico a su derecha. No titubeó. Saltó la baja pared de separación y comenzó a correr con el revólver a la altura de la cadera.

Brincó por encima de dos paredes más antes de distinguir aquella sombra escurridiza. La vio desaparecer detrás de una chimenea y gritó:

—¡Alto! ¡Entrégate, muchacho, y no me obligues a disparar!

Escuchó un *pop* sordo, luminoso, y una bala zumbó peligrosamente cerca de su cabeza. No se movió. Apretó el disparador y el revólver rugió su cántico de muerte una y otra vez, arrancando trozos de estuco de la chimenea, tras la que se había agazapado el fugitivo. La noche pareció venirse abajo con el estruendo de los disparos.

Cuando dejó de darle al gatillo, oyó un seco golpe metálico. Se acurrucó al lado de la barandilla y esperó. El ruido no se repitió. Tampoco ningún otro proyectil zumbó buscando su cabeza.

Detrás suyo, alguien saltó a la misma azotea a la que había salido él al llegar. La voz autoritaria de un guardia, gritó:

—¡Suelten las armas y entréguese!

Sonrió. Algún novato...

—¡Guardia! —llamó.

—¡Entréguese!

—¡Soy el teniente Dalton, de Homicidios! Venga aquí.

El policía uniformado avanzó, confiado. Los dos hombres se miraron unos instantes.

—¿Bueno, teniente...?

—¿Cómo demonios sabía usted que yo estaba diciéndole la verdad? Podía haberle llenado la barriga de plomo. No importa. Cúbrase mientras intento sacar a ese tipo de ahí.

No esperó respuesta. Corrió agazapado, hacia la chimenea que se erguía ante él como un sólido parapeto tras el que podía

escondese la muerte.

No sucedió nada. Cuando llegó allí, encontró un rifle caído a un lado, pero ni rastro del tirador.

Supo que era inútil organizar una batida. Tenía tiempo de haber escapado por cualquiera de las casas que formaban aquella manzana, saliendo a las otras calles en las que no habría nadie.

Volvió atrás, llevando el rifle con la mano izquierda protegida con un pañuelo. El guardia estaba rígido, con el revólver en la mano.

—Me he portado como un estúpido, ¿no es así, señor?

Era un muchacho joven, recién salido de la academia. Dalton sonrió.

—Ni más ni menos. Pero ya aprenderá... cuando oiga zumbir las balas junto a su oreja. Vámonos, nada podemos hacer aquí. Necesitamos luz para buscar el casquillo.

La calle era un manicomio. Todo el público que llenaba el *cabaret* había salido al enterarse de la noticia. Diez o doce agentes de uniforme se veían impotentes para apartar a la multitud. Un par de coches patrulla estaban detenidos más abajo, con su faro rojo relampagueando a intervalos.

El teniente gruñó un juramento.

—Bandada de cuervos —masculló.

—¿Qué dijo, señor?

El joven guardia, pálido, esperó la respuesta. No la obtuvo, y cuando Dalton se dirigió a su coche, fue a reunirse con sus compañeros.

Entonces examinó el arma que tenía en su poder. Esbozó una mueca. El sargento Tygan podría repetir sus conocimientos de esa clase de fusiles. El que el criminal había abandonado al escapar, era un «Marlin» de calibre equivalente al «Remington 308».

No confiaba mucho en encontrar huellas en él, pero lo dejó cuidadosamente sobre el asiento posterior. Luego repartió órdenes concretas sobre lo que tres o cuatro policías de los coches patrulla debían buscar en las azoteas y aguardó.

Llegaron sus propios hombres, más algunos de la Sección. Tygan miró el rifle casi con cariño. Los peritos se pusieron a trabajar.

Los patrulleros que habían subido con lámparas eléctricas a las azoteas, regresaron poco más tarde. Habían encontrado el casquillo,

que el tirador se complacía en expulsar de su arma a cada disparo, como si quisiera dejarles una pista segura.

—También hay sangre arriba, señor —informó uno de los agentes.

Dalton se enderezó al oír eso.

—¿Dónde?

—Detrás de una chimenea. El tipo debe estar herido.

—¿Mucha sangre?

—No demasiada.

—No debe ser una herida seria desde el momento que ha podido huir... pero suficiente para comprender que haya abandonado el rifle, dejándolo caer de golpe. Yo he oído el ruido. Está herido en un brazo, o en una mano quizá.

El sargento Tygan estaba impaciente por llevar el rifle a los de balística, no obstante, Dalton le ordenó:

—Aguarde usted aquí al forense y encárguese de que los muchachos terminen cuanto antes, sargento.

—¿Y el rifle?

Sonrió.

—No lo perderé, descuide —dijo—. Los de balística se sentirán felices de tenerlo al fin.

—Está bien, señor. Llamaré si surge algún imprevisto.

Dalton arrancó, alejándose del alborotado paraje. Johnny había mordido el polvo después de todo, pensó. Limpieza general.

Pero ya no sintió satisfacción alguna por ese hecho. Sabía bien lo que significaba para Tom aquella limpieza. ¿Se entregaría, ahora que había vengado a su padre?

CAPÍTULO XIV

Entró al despacho del capitán Randall y se dejó caer en la silla con gesto adusto.

—El chico va herido —murmuró—. Por una bala mía.

Captó la extraña expresión de su jefe. Arrogó el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—Cuénteme —pidió Randall.

Le relató lo sucedido ahorrándose los detalles. Sólo cuando acabó repitió:

—Y he tenido que ser yo quien le metiera una bala en el cuerpo. Era algo fatal. Debía suceder...

—Cálmese.

—Estoy calmado, capitán. Le aseguro que en mi vida he razonado con tanta claridad. Voy a redactar mi renuncia inmediatamente. Con carácter irrevocable —añadió al ver que Randall se disponía a contradecirlo.

—¿Por qué? —Gruñó solamente.

—He tirado por la borda el amor de Jessy, ¿comprende? No puedo presentarme ante ella, después de haberle metido una bala en el cuerpo a su hermano.

Sí, de acuerdo, era mi deber y todo eso. Pero ella es la mujer a quien amo... y a la que acabo de perder para siempre.

—¿Quiere cerrar la boca y escucharme?

—No, señor. He tomado una decisión y la cumpliré. No podrán acusarme de no cumplir como oficial de policía. —¡Cállese!

—Sí, señor.

—Acabo de recibir un informe de la policía de Stanton, en Illinois.

—Si se trata de un nuevo caso, ya le he dicho que... —

¡Condenación!

¿Quiere escucharme en silencio o tendré que amordazarle?

Apretó los dientes. Vio la sorprendente expresión de Randa 11 y comenzó a darse cuenta que guardaba algún naipe en su manga. Le conocía bien.

—Lo siento —murmuro—. Le escucho.

—Un coche patrulla de Stanton detuvo a Tom Gray hace casi dos días.

En el primer instante, Dalton quedó paralizado, sin dar crédito a lo que oía. Luego pegó un salto y la silla salió disparada contra la pared.

—¡Repítalo! —jadeó.

—El maldito chico se emborrachó en un bar de categoría, armó un alboroto y empezó a romper los espejos. Bueno, lo encerraron, le aplicaron un tratamiento para despejarle la cabeza y le tomaron la filiación. Pero no llevaba ningún documento encima...

—¿Y qué? ¿Por qué no nos avisaron, después que los periódicos habían publicado su nombre en relación con esos crímenes?

—Tom dio un nombre falso, y con ese nombre fue internado en espera de juicio. Sólo esta noche, al ver los periódicos de aquí con la fotografía de Tom Gray, lo han identificado como a su detenido. En estos momentos, un auto patrulla viene de camino con el chico.

—¡Santo Dios! ¿Cómo es posible...?

—¿Todavía piensa presentar su renuncia, teniente?

—¿Alguien ha hablado de una renuncia, señor?

Randall sonrió, recostándose en su sillón giratorio.

—No voy a dejarle escapar tan fácilmente, Dalton. Bueno, eso nos coloca en el disparadero, ¿eh? Estamos peor que al principio, y no me importa reconocer que me equivoqué. El chico es inocente. Tiene la mejor coartada de cuantas existen.

—Sí, ya veo...

—¿En qué está pensando?

—En la muerte de Telvi.

—Mejor será que concentre sus energías en pensar en su matador.

Buenos van a ponernos los periódicos.

—Espere...

—¿Qué?

—Creo que comprendo...

—¿Qué es lo que comprende?

—Johnny recibió una llamada telefónica antes de decidirse a salir conmigo. Yo le había provocado, usted sabe. Pero hasta que hubo atendido la llamada no se sintió con valor suficiente para salir fuera. Y entonces, el asesino lo mató. Fue una trampa. Alguien le convenció para que saliera.

—¿Cómo podía saber nadie, que usted le había estado incitando a salir?

—No lo sabían naturalmente...

—No entiendo nada.

Una llamada a la puerta les interrumpió. Randall autorizó la entrada con un gruñido, y dos policías de Stanton entraron custodiando a Tom Gray.

—Éste es el individuo, señor —anunció el sargento.

Randall firmó el impreso correspondiente y los policías forasteros se marcharon después de cambiar unas palabras con el capitán referentes al preso.

Dalton gruñó cuando se hubo cerrado la puerta:

—Eres un perfecto estúpido, Tom.

—Bueno. ¿Van a juzgarme sólo por mi estupidez?

El puño derecho de Dalton subió como una centella y estalló bajo el mentón del muchacho. Sus ojos giraron en las órbitas antes de desplomarse como un muñeco.

Randall saltó sobre Dalton, sujetándole.

—¿Se ha vuelto loco? ¡No puede hacer eso, maldito sea!

—Ya lo he hecho. Ahora me siento mejor.

Se miraron largamente. Randall murmuró:

—Creo que le comprendo.

Tardaren un buen rato en reanimar al joven. Cuando abrió los ojos, Tom miró al teniente sin pizca de rencor.

—Está bien, me lo gané. Ahora, dispare ya.

—Imagino que diste un nombre falso para que la policía de Stanton no te entregara antes de tiempo, ¿no es cierto?

—Justamente. Esperaba que mientras todos estuvieran buscándome en esta ciudad, el asesino tendría más probabilidades de acabar con Telvi.

Ahora he sabido que lo han matado esta noche.

—Ya veo...

—Pero debía guardarme las espaldas al mismo tiempo —añadió Tom, con una sonrisa—. Tú sospechabas de mí... y lograste asustarme. Entonces se me ocurrió hacerme detener con nombre falso, sólo para tener una coartada segura cuando llegase el momento. Bueno, casi se ha estropeado todo al reconocerme los policías de Stanton por la foto del periódico.

—Merecerías una condena sólo por entorpecer la labor de la policía...

—¿Crees que deseaba que el matador de Telvi fuera capturado? Ha hecho lo que debí hacer... si hubiese tenido valor suficiente. Le estaré agradecido mientras viva.

—No hables tan alto. Es un asesino frío y calculador al que voy a cazar mucho antes de lo que imagina —espetó Dalton, irguiéndose.

Incluso Randall respingó.

—¡No me diga que sabe quién es, Dalton!

—Por lo menos, sospecho de Sagar.

—Usted está loco. Ése no es su estilo.

—¿De qué estilo habla? Todo lo que hizo fue aprovecharse de la amenaza de muerte que Tom formuló públicamente. Organizó la cosa y le salió bien. Bueno, no es tan difícil después de todo...

—Pero si acababa de asociarse con Telvi...

—Una cortina de humo. Tenía sus razones si no me equivoco. Primero, se aseguraba el imperio de Johnny, cuando éste cayera bajo su bala asesina, de manera que los otros no pensasen en disputarle el botín, ya que le considerarían como dueño absoluto al faltar su socio. Y en segundo lugar, él sabía que Johnny era un cobarde, y que no asomaría la nariz a la calle hasta que hubiera desaparecido el peligro. Ganándose su confianza, estaba en condiciones de prepararle la trampa. No sé... Tal vez le dijo que Tom había sido detenido, o quizá le hizo creer por medio de uno de sus hombres, que él mismo lo había liquidado...

—Eso parece tener algo de sentido.

—¡Claro que lo tiene! ¿Por qué Johnny aceptó asociarse con una sabandija como Sagar? Éste debió ofrecerle algo importante a cambio...

—La vida de Tom Gray —gruñó el capitán.

—¡Ajá! Johnny estaba atado de pies y manos en este asunto. Sin

embargo, Sagar tenía las manos libres. La vida de Tom, y por consiguiente la seguridad de Johnny, a cambio de una participación en sus negocios.

—Tal vez esté en lo cierto. Ahora dígame cómo piensa probar toda esa historia.

—Por el balazo.

—¡Diablos, es cierto!

—O Sagar o uno de sus hombres deben estar heridos. Sólo falta comprobarlo.

—*Okey*, hágalo, no esté aquí sermoneándome —ordenó Randall.

—¿Y el muchacho?

—Bueno. Deberá pagar la multa que le sea impuesta en Stanton. Lo demás, es preferible dejarlo en sus manos, Dalton. Resuélvalo. Yo tenso demasiado trabajo. Y ahora, fuera de aquí. Llévase algunos de los muchachos.

—Sí, señor. Le traeré a Sagar envuelto en celofán. Dio un empujón a Tom y ambos abandonaron la oficina del capitán. Fuera, Clive murmuró:

—A pesar de sus gritos, es una buena persona.

—Gracias, Clive. No pensé salir tan bien librado.

—¡Oh, al demonio con eso! Dale las gracias a Jessy. ¿Crees que lo he hecho por ti acaso?

—Creo que ya es hora de que vaya a casa. Pero volveré a salir luego, si tú piensas ir también. No quiero estorbar.

—Bueno, yo...

—Tendrás que contarle la historia a Jessy, ¿eh? Dame tiempo para afeitarme y cambiar de ropa, ¿de acuerdo?

—¿Sabes, Tom? Empiezas a gustarme como cuñado. Por primera vez desde que te conozco.

El muchacho se largó, riendo como un chiquillo. Dalton llamó a dos detectives que aguardaban en la sala. Si había acertado, pensó, el ascenso sería seguro. Y necesitaba un ascenso y su consiguiente aumento de sueldo. Una casa, una mujer, y... unos chiquillos, necesitaban mucho dinero para subsistir.

Con el sueldo de capitán todo estaría solucionado.

Epílogo

George Sagar, no sospechaba ni remotamente que unos polizontes se dirigían en su busca. Tendido en la cama, mantenía el brazo inmóvil, maldiciendo por lo bajo su mala suerte. El médico de la organización le había hecho un buen trabajo, pero iba a estar varios días sin poder salir a la calle ni ocuparse de sus asuntos.

Aquel condenado polizonte, lo había estropeado todo al final, pero le quedaba la satisfacción de que todo había salido bien.

Ya podía considerarse el dueño del imperio de Telvi. Los muchachos estarían ocupándose de eso a esas horas.

No vio la sombra que se movía al otro lado de la ventana, en el rellano de la escalera de incendios. Sólo cuando el cristal saltó en pedazos se incorporó de un brinco, llevando la mano a la almohada.

—¡Quieto, Sagar, o te abraso!

Se inmovilizó. A través del boquete del cristal, una mano armada con un revólver del «45», le apuntaba implacablemente.

Detrás de la mano, una vez hubo abierto la ventana, entró el teniente Dalton seguido de otro detective.

—Puedes abrir la puerta del piso, Jim. Yo me las entenderé con nuestro amigo. ¿Qué tal el brazo, Sagar? ¿Ya te han extraído la bala?

—Usted fue...

—Seguro. Con este mismo revólver. ¿Te das cuenta que acabas de confesar que te herí yo, en la azotea?

—¡Yo no...!

—Es inútil, muchacho. El rifle te delatará. Y tus huellas en él, y las de tus pies en las azoteas que utilizaste. Las tenemos reproducidas con exactitud milimétrica. Y tus tratos con Johnny. ¿Olvidas que yo estaba con él cuando le volaste los sesos? Habíamos estado hablando... hasta que uno de tus muchachos le llamó por teléfono. ¿Qué fue lo que le dijo?

—Quiero un abogado.

—Hay tiempo para eso. Levántate.

—Quiero llamar a mi abogado, polizonte.

—¡Levántate!

Obedeció. El teniente extrajo una automática de debajo de la almohada.

—¿Era para que te inspirase bellos sueños? ¿Cuándo decidiste matar a Telvi amparándote en la amenaza de Cray?

—No diré nada. Quiero un abogado.

—¿Dónde conseguiste el rifle, Sagar?

—Sólo hablaré en presencia de mi abogado.

Dalton suspiró. Conocía aquella clase de alimañas. Ninguna fuerza humana sería capaz de hacerle cambiar su cantinela.

Así que entregó el detenido a sus hombres.

—Llévense el coche —dijo, al llegar a la calle—. Yo no lo necesito.

—Pero teniente, el informe. Las hojas de detención y todo eso debe ser firmado por usted.

—Iré a mi oficina más tarde.

—Bueno se pondrá el capitán...

—Más tarde —repitió, alejándose del coche a paso vivo.

La distancia hasta el apartamento de los hermanos Gray la recorrió a buen paso, preguntándose si Tom estaría allí todavía, o habría cumplido su palabra de dejarle el campo libre.

La había cumplido, según pudo comprobar cuando Jessy le echó los brazos al cuello, al transponer el umbral.

—Tom me ha contado todo, Clive —susurró.

—Yo te explicaré los detalles más tarde.

—¿Por qué más tarde?

—Porque, durante un tiempo, voy a estar muy ocupado... ¿Dónde está ese cabeza loca?

—Ha vuelto a salir...

—Perfecto. Yo tenía una pregunta que hacerte, pero la he olvidado. Era referente a cierta ceremonia en una iglesia. Bueno, ya la recordaré más tarde. Ahora...

Sus labios cayeron sobre los de la muchacha. Sin dejar de besarla, la levantó en vilo y fue a sentarse al diván, en la oscuridad, mientras el beso se convertía en una fuerza inmensa que los lanzaba

uno en brazos del otro, sólo para amarse.
Única y exclusivamente para eso.
Naturalmente, se amaron...

FIN



José María Lloró Olivé es un escritor español autor de innumerables novelas pulp.

Novelista de variados registros, durante la dictadura franquista convirtió la novela de bolsillo en «novela de acción reportaje», narrando en forma de ficción, los acontecimientos reales que sucedían en Barcelona, durante tiempos de brutal represión y feroz propaganda.

Utilizó los

ALIAS:

- Buck Billings.
- Burton Hare.
- Clark Forrest.
- Delano Dixel.
- Gordon Lumas (a veces, Gordon C. Lumas) (para las novelas del oeste).
- Marcel D'Isard.
- Max (a veces, Mike) Cameron (en terror y policiaco).
- Mike Shane.

- Milly Benton.
- Ray Brady.
- Ray Simmons (a veces, Simmonds).
- Ricky C. Lambert.
- Sam M.